

LA ORACIÓN DEL PADRENUESTRO*

FLORENTINO MUÑOZ MUÑOZ
Instituto Teológico de Cáceres

RESUMEN

El artículo hace un análisis de los puntos esenciales desde el contexto histórico-doctrinal y el comentario bíblico-teológico de la oración del Padrenuestro. El estudio sigue el hilo argumental del capítulo del libro *Jesús de Nazaret* de Benedicto XVI.

Palabras clave: Jesús de Nazaret, Oración del Padrenuestro.

ABSTRACT

This article analyses the main topics of the Lord's Prayer within its historical and doctrinal context. Also, a biblical and theological commentary is carried out. This study follows the thread of *Jesus of Nazareth*, a chapter from J. Ratzinger - Benedict XVI's book.

Key words: Jesus of Nazareth, the Lord's Prayer.

La oración del "Padre Nuestro" (Lc 11, 1-4) refleja el latido filial y lleno de confianza del corazón de Jesucristo. Acerquémonos a ella con sobrecogimiento y gratitud. Acojamos con respeto las indicaciones que nos ofrece Joseph Ratzinger – Benedicto XVI en el comentario que hace a esta oración en su libro "Jesús de Nazaret", de reciente aparición¹.

* El presente artículo representa la Primera Parte de una reflexión más amplia y profunda que se completará en el siguiente volumen (IV, 2009) de la publicación *Cauriensia*. La Segunda Parte estudiará las "Peticiones que «tratan de nuestras esperanzas, necesidades y dificultades»" y la "Doxología final".

¹ J. RATZINGER – BENEDICTO XVI, *Jesús de Nazaret*, Madrid, La esfera de los libros, 2007 (=JdN).

INTRODUCCIÓN

1. CONTEXTO HISTÓRICO DE LA ORACIÓN DEL PADRENUESTRO

Hay intérpretes del Evangelio de Lucas que se inclinan a pensar que el contexto histórico de la oración del Padrenuestro es doble: el propio Jesús que ora a su Padre, y la petición que hacen los discípulos a Jesús para que les enseñe a orar². Otros creen que no es tan evidente esta posición porque, por una parte, tenemos la clásica introducción de Lucas: “*kai egéneto*” (“y sucedió que...”)³ y, por otro, la presentación de Jesús en comunicación con el Padre y su insistencia en la necesidad de orar continuamente; ambos hechos son características del trabajo redaccional de Lucas. Por eso el contexto histórico es obra redaccional del evangelista Lucas³.

Joseph Ratzinger escribe:

“En Mateo la oración del Señor está precedida por una breve catequesis sobre la oración que, ante todo, nos quiere prevenir contra las formas erróneas de rezar (...) En Lucas encontramos el Padrenuestro en otro contexto: en el camino de Jesús hacia Jerusalén (...) Resulta significativo que Lucas ponga el Padrenuestro en relación con la oración personal de Jesús mismo. Él nos hace partícipes de su propia oración, nos introduce en el diálogo interior del Amor trinitario, eleva, por así decirlo, nuestras necesidades humanas hasta el corazón de Dios. Pero esto significa también que las palabras del padrenuestro indican la vía hacia la oración interior, son orientaciones fundamentales para nuestra existencia, pretenden conformarnos a imagen del Hijo (...). Quiere formar nuestro ser, quiere ejercitarnos en los mismos sentimientos de Jesús (cf. Flp 2,5)” (*JdN*, 165-166).

Nos parece que el contexto histórico de esta oración es el siguiente: Jesús oraba en la soledad y en el camino. Y es aquí cuando los discípulos, sobrecogidos, le piden que les enseñe a orar como ora Él. Sólo quienes están con Jesús y lo acompañan en este camino, se sienten como impelidos, empujados, provocados a suplicar a Jesús: “enseñanos a rezar”. El Card. Carlo M^a Martini, por su parte, afirma: “los discípulos han de orar no sólo porque Jesús ha orado o como Jesús ha orado, sino que han de orar en Jesús. El discípulo sabe bien que Jesús sostiene, refuerza e impregna nuestra oración”⁴.

Jesús nos regaló y entregó la oración del padrenuestro para que fuera nuestra oración, y hemos de pronunciarla y decirla en su espíritu y de su mano. Así evitaremos la rutina, la costumbre, el cansancio... Por eso podemos decir que el Padre nuestro es la oración del hombre redimido por Jesucristo y hecho hijo de Dios. Nos proponemos explicar el “Padre nuestro” y pretendemos hacerlo

2 E. E. ELLIS, *The Gospel of Luke*, NCB, Grand Rapids, MI, Marshall Pickering, 1974, 164; I. H. MARSHALL, *Luke: Historian and Theologian*, Grand Rapids, MI, Zondervan, 1970, 456.

3 J. A. FITZMYER, *El Evangelio según Lucas*, vol. III, Madrid, Ed. Cristiandad, 1971, 305.

4 CARD. C. M. MARTINI, *Oración y conversión*, Estella, Verbo Divino, 1994, 15.

con profundo respeto y especial cuidado. Para ello necesitamos no sólo los instrumentos de la ciencia, sino también y sobre todo que Jesucristo nos dé el Espíritu Santo, maestro interior, que nos hable “desde dentro”.

2. LOS SANTOS PADRES Y LA ORACIÓN DEL PADRENUESTRO

- Tertuliano (160-225): “la oración del Señor o dominical es, en verdad, el resumen de todo el Evangelio” (*De oratione*, 1,6: CCL 1, 258 [PL 1,1255]).
- S. Cipriano (200-258) escribió *De dominica oratione*, y afirma: el Padrenuestro es “el compendio de la doctrina celestial”.
- S. Cirilo de Jerusalén (†386), S. Gregorio Niseno (†394), S. Ambrosio (339-397) también comentaron la oración del Padrenuestro⁵.
- San Agustín (354-430) afirma: “Recorred todas las oraciones que hay en las Escrituras, y no creo que podáis encontrar algo que no esté incluido en la oración dominical, si hacemos la oración de modo conveniente”⁶.

3. LA TRANSMISIÓN DEL TEXTO DEL PADRENUESTRO

3.1. *El Nuevo Testamento transmite la oración del Señor en dos redacciones evangélicas:*

- Lucas (11,2-4). Es la forma más breve, y tiene cinco enunciados: “Padre, santificado sea tu Nombre, venga tu Reino, danos cada día nuestro pan cotidiano, y perdónanos nuestros pecados porque también nosotros perdonamos a todo el que nos debe, y no nos dejes caer en tentación”.
- Mateo (6,9-13). Es la forma más amplia y tiene siete enunciados: “Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu Nombre; venga tu Reino, hágase tu Voluntad así en la tierra como en el cielo. El pan nuestro de cada día dánosle hoy; y perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores; y no nos dejes caer en la tentación, mas líbranos del Mal”.

3.2. *Comparación de ambas redacciones*

Las dos redacciones son sustancialmente idénticas, aunque tienen peculiaridades propias. Lucas omite en la invocación la palabra “nuestro” y las expresiones:

5 A. HAMMAN, *Le Pater expliqué par les Pères*, París, Ed. Franciscaines, 1952.

6 S. AGUSTÍN, *Carta 130 a Proba*, 12,22, CSEL 44, 63-64 (PL 33,502).

“que estás en los cielos”, “hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo”, “más libranos del mal (maligno)”. Por otra parte, cambia: “dánosle hoy” (*dòs sémeron*) por “dánoslo cada día” (*dídou to hath’ emeran*). Joseph Ratzinger escribe: “Mientras Mateo nos ha transmitido el padrenuestro en la forma con que la Iglesia lo ha aceptado y utilizado en su oración, Lucas nos ha dejado una versión más breve. La discusión sobre cuál sea el texto más original no es superflua, pero tampoco decisiva. Tanto en una como en otra versión oramos con Jesús, y estamos agradecidos de que en la forma de las siete peticiones de Mateo esté más claramente desarrollado lo que en Lucas parece estar sólo bosquejado” (*JdN*, 167).

3.3. ¿Por qué es transmitido “el Padrenuestro” en dos versiones?

La razón que mejor justifica esta duplicidad es que cada evangelista nos transmite el texto del Padrenuestro tal como se rezaba en su Comunidad. En esta misma dirección, J. Jeremias escribe: “Las variantes no pueden imputarse a la propia voluntad de los evangelistas: ningún autor se hubiera atrevido a modificar arbitrariamente la Oración del Señor. Se explican por la distinta situación ambiental. Ante nosotros tenemos los textos oracionales de dos Iglesias. Cada evangelista nos transmite el texto del Padrenuestro como se rezaba en su tiempo y en su Iglesia”⁷.

4. ¿QUÉ FÓRMULA ES LA MÁS ANTIGUA?

Se ha discutido mucho esta cuestión. Ofrecemos a continuación las propuestas más significativas:

4.1. J. Dupont y X. Leon-Dufour afirman que la formulación del Padrenuestro ofrecida por Mateo es la más antigua⁸.

4.2. J. Jeremias, en cambio, sostiene que la fórmula más antigua del Padrenuestro es la transmitida por San Lucas⁹.

7 J. JEREMIAS, *Palabras de Jesús. El Sermón de la Montaña. El Padre Nuestro*, Madrid, Fax, 1970, 121; cf. A. GEORGE, *El Evangelio según san Lucas*, Estella, Verbo Divino, 1991, 50.

8 P. Bonnard escribe a este respecto: “Antes, la crítica otorgaba sus preferencias al texto más simple de Lucas (Harnack, M. Dibelius); luego se volvió a la forma de Mateo a causa de su contenido y de su forma rítmica y probablemente rimada en el original arameo, como en la oración judía de las dieciocho bendiciones o «Semoné Esré» (K. H. Kuhn). La actitud más sabia es probablemente la de Lohmeyer. Propone tener en cuenta tanto una tradición como otra, considerándolas como dos ecos preciosos de la enseñanza de Jesús. Por el contrario, su proposición de hacer de la forma de Lucas la oración de la comunidad de Jerusalén y de la forma de Mateo la de la Iglesia galilea no puede ser más que una interesante hipótesis de trabajo” (*Evangelio según San Mateo*; Madrid, Ed. Cristiandad, 1976, 129-130).

9 J. JEREMIAS, *Abba. El Mensaje central del Nuevo Testamento*, Salamanca, Ed. Sígueme, 1983, 221. Gerhard Schneider, por su parte, afirma lo siguiente: “la cuestión de si Lucas (11,2-4) ha tomado

5. ¿PROCEDE EL PADRENUESTRO DE JESÚS?

Nos preguntamos ahora: ¿la oración del Padrenuestro procede de Jesús o ha sido una creación de la Comunidad cristiana primitiva?

- R. Bultmann, fiel a sus planteamientos, escribe a este respecto: “Nous ne pouvons plus savoir dans quelle mesure le Notre Père remonte réellement à Jésus”¹⁰.
- G. Bornkamm, su discípulo, manifiesta que “on est certes en droit de considérer le Notre Père, qu’il a lui même enseigné a ses disciples, comme une synthèse de tout ce que Jésus dit sur la prière. Mais plus que cela, plus qu’un discours sur la prière ou une invitation à prier, il est proprement une prière (...). A l’opposé des prières juives, la première caractéristique du Notre Père est sa grande simplicité, sa sobriété, l’absence d’invocations ampoulées et de tout hommage pompeux”¹¹.

Por nuestra parte, sostenemos que esta oración procede de Jesús y la enseñó a sus discípulos. En efecto, pese a todas sus diferencias, las tradiciones mateana y lucana coinciden en presentar a Jesús pronunciando esa oración y recomendándola a sus discípulos; aunque no lo parezca a primera vista, esto es extraño e insólito dentro del NT. Es significativo que en el NT de ningún himno u oración se diga que fueron enseñados por el mismo Jesús a sus discípulos durante el ministerio público. Tenemos aquí, pues, un ejemplo del criterio de discontinuidad.

6. ¿PODEMOS LLEGAR AL “PADRENUESTRO” TAL Y COMO LO DIJO JESÚS?

Acabamos de afirmar que la oración del Padrenuestro remonta históricamente a Jesús. Ahora bien, ¿podemos conocer el Padrenuestro tal como salió del corazón y de los labios de Jesús? Admitiendo que el intento de llegar a discernir con absoluto rigor cuáles son palabras literales de Jesús y cuáles las de la Iglesia es muy difícil, algunos autores ofrecen ese texto:

Para J. Jeremias: “El Padre Nuestro sonaría en los labios de Jesús aproximadamente así (los acentos indican el ritmo con dos cumbres tónicas)¹²:

el Padrenuestro de la fuente de los logia (Q) o del uso litúrgico de la comunidad, puede ser discutido, pero no así el hecho de que él presenta la oración del Señor, al menos según su extensión, en la forma más antigua (frente a Mateo 6,9-13)” (“El Padre de Jesús. Visión bíblica”, en *Dios es Padre. Semanas de Estudios Trinitarios*, Salamanca, Ed. Secretariado Trinitario, 1991, 72).

10 R. BULTMANN, *Jesús*, Seuil. París. 1968, 154.

11 G. BORNKAMM, *Qui est Jésus de Nazaret?*, Seuil, París, 1973, 157.

12 J. JEREMIAS, “Palabras de Jesús”, *o. c.*, 131.

«*Abbá*
Yitqaddás semaj / teté malkuták
lahmán delimhár / hab lán joma dén
useboq lán hobénan / kedisebaqnán lehajjabénan
wela ta 'elinnan lenisjón»”.

J. A. Fitzmyer manifiesta: “con las cautelas que supone todo intento de reconstrucción, tal vez pudiera presentarse la forma original aramea del «Padre-nuestro» de la manera siguiente¹³:

Invocación: *'Abba'*
 I.- Peticiones “tú”
 Primera petición: *yitqaddash shemak*
 Segunda petición: *te 'teh malkutak*
 II.- Peticiones “nosotros”
 Primera petición: *lajmana' di misteya' hab lanah yoma' denah*
 Segunda petición: *ushebuq lanah hobayna kedi shebaqna' lejayyabayna'*,
 Tercera petición: *we 'al ta 'elinnana' lenisyon*”

7. ESTRUCTURA DEL PADRENUESTRO

La versión de Lucas consta de los siguientes elementos: una invocación: ¡Padre!; dos anhelos o aspiraciones que la comunidad cristiana dirige explícitamente al Padre, en segunda persona del singular; y tres peticiones, expresadas en primera persona del plural.

La versión de Mateo consta de los siguientes elementos: una invocación más extensa: ¡Padre nuestro!; tres deseos sobre el designio de Dios; y cuatro peticiones.

8. INTERPRETACIÓN DEL PADRENUESTRO

Las interpretaciones actuales sobre el Padrenuestro son tres:

1. Privilegia lo escatológico: E. Lohmeyer¹⁴;
2. Da preferencia a lo ético, lo histórico: U. Luz¹⁵. L. Boff afirma “nuestra meditación teológico-espiritual sobre el padrenuestro tratará de con-

13 J. A. FITZMYER, “El Evangelio según Lucas”, o. c., 311-312.

14 E. LOHMEYER, *Das Vaterunser*, Göttingen, Vandenhoeck & Ruprecht, 1962. J. JEREMIAS, “El Padrenuestro en la exégesis actual”, en “Abba”, o. c., 215-235; J. GNILKA, *Jesús de Nazaret*, Barcelona, Herder, 1993, 174.

15 U. LUZ, *El evangelio según San Mateo I*, Sígueme, Salamanca, 1993, 465-494.

siderar e integrar tres estratos de lectura: el primero será el del Jesús histórico; el segundo atiende a la teología de la Iglesia apostólica; el tercero, procuraremos interpretar el padrenuestro auscultando también nuestro tiempo”¹⁶.

3. Tiene en cuenta lo escatológico y lo histórico: G. Theissen y A. Merz afirman: “Hay que combinar los dos tipos de exégesis: las dos peticiones en segunda persona de singular tienen sentido escatológico. Las tres peticiones en primera persona de plural apuntan a cada día y al presente”¹⁷.

9. ¿CÓMO ES CALIFICADO EL “PADRENUESTRO”?

Es una oración suscitada por el Espíritu Santo que nos hace gritar: “*Abba, Padre*”, ya que nosotros no sabemos rezar como conviene. Podemos orar con la oración que nos dio Jesús gracias a la acción del Espíritu; con su impulso podemos descubrir y proclamar que Dios es nuestro *Abbá*: “recibisteis un espíritu de hijos adoptivos que nos hace exclamar: ¡*Abba, Padre!*” (Rm 8,15; cf. Ga 4,6). El Espíritu de Dios que es un espíritu de filiación y no de temor (cf. Rm 8,15) “mueve a los fieles a orar con la familiaridad de un hijo que habla con su padre (...) La oración cristiana es asunto de unos hombres que, con Cristo, viven en la Trinidad”¹⁸.

Es una oración trinitaria: J. Ratzinger afirma: “dado que el Padrenuestro es una oración de Jesús, se trata de una oración trinitaria: con Cristo mediante el Espíritu Santo oramos al Padre” (*JdN*, 169).

Es una oración personal y eclesial. Rezamos el Padrenuestro con todo nuestro corazón, pero a la vez en comunión con toda la Iglesia, la familia de Dios, con los vivos y con los difuntos, con los de cerca y con los de lejos...

Es una oración que pone de relieve la cercanía amorosa del Padre a los discípulos de su Hijo como lo muestra el que se le pida el sustento de cada día, el perdón de los pecados, la ayuda para superar la tentación y perseverar hasta el fin de la historia en la fe y en el amor a Dios.

Es una oración de gracia y compromiso. En un primer momento, todo es gracia: la presencia del Padre, la certeza del pan y del reino. Así, al principio la oración es gesto de alabanza, adoración y gozo emocionado... Pero luego des-

16 L. BOFF, *El Padrenuestro. La oración de la liberación integral*, Madrid, Ed. Paulinas, 1982, 14-15.

17 G. THEISSEN Y A. MERZ, *El Jesús histórico*, Salamanca, Sígueme, 1999, 297-299.

18 F. -X. DURRWELL, *Nuestro Padre. Dios en su misterio*, Salamanca, Sígueme, 1990, 217-218.

cubrimos que toda esa palabra implica un compromiso: pidiendo la venida del Reino, nos ponemos al servicio de ese reino; implorando perdón, nos comprometemos a perdonar; suplicando el pan de Dios, buscamos el pan para los que no lo tienen: los hambrientos, los empobrecidos, los excluidos...

Es una oración ecuménica. Los cristianos somos invitados a rezar al Padre por Cristo en el Espíritu por la unidad de todos. ¡Que todos sean uno para que el mundo crea!

“El Padre nuestro” resume todo el cristianismo, todo cuanto somos nosotros, lo que vivimos, todo lo que necesitamos, todo lo que nos define como hijos de Dios en camino hacia el Reino. Es una plegaria que nunca acabaremos de meditar y, cuando no sepamos orar, bastará retomar lentamente, palabra por palabra, el “Padre nuestro”¹⁹.

10. ¿QUÉ SIGNIFICA REZAR: “PADRE NUESTRO”?

- Descubrimos “en germen” las grandes realidades del Cristianismo: La Paternidad de Dios, Jesucristo, el Espíritu Santo, el reino, la gracia, nuestra filiación divina, la fraternidad, el perdón...
- Experimentamos de alguna manera la presencia del Padre que nos ama, y nos estremecemos al saber que es el mismo Padre que está en los cielos, el Dios trascendente y soberano, el que nos ha incorporado por puro amor y gracia a su familia...
- Sentimos en el alma la presencia de Jesús, el Hijo de Dios, gracias al cual somos hijos de Dios en Él, con Él y por medio de Él.
- Percibimos de algún modo la acción del Espíritu Santo, que “nos hace exclamar: ¡*Abba*, Padre!” (Rm 8,15) y nos guía hacia la Casa del Padre.
- Nos sentimos vinculados a la familia de los hijos de Dios, compartiendo y haciendo nuestras las alegrías y las penas, las esperanzas y sufrimientos de todos para aliviarlos y liberarlos de todo lo que los hace sufrir.
- Descubrimos la dignidad de ser hijos del Padre, la responsabilidad de vivir nuestra filiación divina y la misión de construir la fraternidad en el mundo.
- Nos sentimos vacilantes como un niño, al pronunciar “*Abba*” y, al mismo tiempo, seguros porque este *Abba* nos quiere, nos ha tomado de la mano y podemos apoyarnos en Él.

19 CARD. C. M^a MARTINI, “Oración”, o. c., 17.

- Sentimos la certeza ante la duda, la fe ante la incertidumbre, la alegría consoladora de la Resurrección ante la amenaza sombría de la muerte.
- Pedimos perdón de nuestros pecados al Padre que nos ama y nos perdona, y nos comprometemos a perdonar y construir un mundo reconciliado, fraterno, agradable y humano, en el que desaparezcan para siempre las guerras, la violencia... ¡Que no la recemos por mera costumbre! ¡Qué oremos siempre con confianza y gozo!

COMENTARIO BIBLICO-TEOLÓGICO

I. LA INVOCACIÓN: “¡PADRE NUESTRO!” (Lc 11,2; Mt 6,9)

Jesús habla de “mi Padre” de dos maneras: “designándolo” como acontece en su predicación, e “invocándolo” como ocurre en su oración: “Padre mío, Padre, *Abba*”. Centremos nuestra atención en la invocación.

1. LA INVOCACIÓN DE DIOS COMO PADRE ANTES DE JESUCRISTO

1.1. *Las Religiones*

Siglos antes de Cristo, en las Religiones, Dios fue ya invocado con el título de Padre, en calidad de Creador y como principio de autoridad: “La designación de padre hay que entenderla como engendrador-creador y como principio de autoridad y de señorío”²⁰.

1.2. *El Pueblo de Israel*

Las fuentes más antiguas muestran a un Dios que es Padre del pueblo en su conjunto. Veamos algunos textos:

- “¿Así pagáis a *Yahvé*, pueblo insensato y necio? ¿No es *Yahvé* tu padre y tu creador, el que te hizo y te constituyó? (...) ¡Desdeñas a la Roca que te dio el ser; olvidas al Dios que te engendró!” (Dt 32,6.18).
- Los profetas ponen de relieve que si Dios es padre, los israelitas han de portarse como hijos obedientes. Recordemos a Isaías: “Pues bien, *Yahvé*, tú eres nuestro Padre; nosotros la arcilla, y tú el alfarero; todos nosotros somos hechura de tus manos” (Is 64,7, cf. 63,15-16). No olvidemos a Oseas, el profeta del amor de Dios, dice: “Cuando Israel era

20 L. BOFF, *El padrenuestro. La oración de la liberación integral*, Madrid, Paulinas, 1982, 37.

niño, lo amé y desde Egipto llamé a mi hijo. Fui yo quien le enseñé a caminar, tomándolo en mis brazos (...) Con cuerdas humanas los atraía, con lazos de amor, y era con ellos como quien alza a un niño contra su mejilla” (Os 11,1; cf. Os 11,1,3a.4.7). Jeremías: “Ahora mismo me dices (Israel): Tú eres mi padre, mi amigo de juventud. Y (no obstante) seguías obrando maldades, tan tranquilo” (Jr 3,4; cf. 3,19-20). “¡Si es mi hijo querido Efraín, mi niño, mi encanto! Cada vez que le reprendo me acuerdo de ello, se me conmueven las entrañas y cedo a la compasión –oráculo del Señor–” (31,20).

El Antiguo Testamento da un paso nuevo en las promesas del Señor a David donde por primera vez Dios es llamado “padre” de una persona: “Yo seré para él un padre, y él será para mí un hijo” (2S 7,14). “Él me dirá: «Tú eres mi padre, mi Roca y mi salvación». Le guardaré mi amor por siempre y mi alianza le será fiel” (Sal 89,27.29).

En esta misma dirección, vemos al final del Antiguo Testamento un nuevo avance: un individuo se dirige a Dios como a un padre: “Oh Señor, padre y dueño de mi vida, no me abandones al capricho de mis labios ni permitas que por ellos caiga... Oh Señor, Padre y Dios de mi vida, no me des altanería de ojos...” (Si 23,1.4).

L. Boff escribe a este respecto: “a pesar de todos estos textos conmovedores, el nombre «padre» dado a Dios no es determinante en el AT, sino un nombre entre tantos otros, más frecuentes e importantes, como señor, juez, rey, creador. Generalmente la palabra «padre» se presenta como apelativo de Señor, o de otros nombres de Dios. La relación se siente a partir de todo el pueblo, y no tanto a partir de cada persona. Nunca encontramos directamente, en la oración, la invocación «Dios, mi (nuestro) Padre». El lenguaje se queda siempre en oblicuo, como una promesa que habría de cumplirse un día: «El me invocará: ‘Tú eres mi padre, mi Dios, mi roca salvadora’» (Sal 89,27). A Jesús de Nazaret le cupo introducir esta novedad, llevando así hasta su más honda intimidad la relación religiosa del hombre que se descubre hijo, experimentando a Dios como padre”²¹.

Felipe Fernández Ramos escribe: “Hasta ahora, nos faltan testimonios que demuestren que el judío piadoso se dirigiese a Dios llamándolo «Padre mío». En el texto del Eclesiástico (23,1.4) que, hasta ahora, era la única excepción conocida, la lectura correcta parece ser que es: «Oh Dios de mi padre» (ver esta expresión en Ex 15,2) en lugar de «Oh Señor, Padre y dueño de mi vida»”²².

²¹ *JdN*, 40.

²² F. FERNÁNDEZ, “Padre nuestro que estás en los cielos”, en AA. VV., *Abba, Padre Nuestro*; Salamanca, Universidad Pontificia de Salamanca, 1998, 30-31.

¿Por qué no invocaban a Dios con las palabras “mi Padre”? Parece ser que el gran sentido que tenían de la trascendencia de Dios les impedía pronunciar el Santo Nombre de Dios y profundizar de forma individual en la idea de paternidad divina, por lo que se quedaban en la predilección de *Yahvé* para con su pueblo.

1.3. El Judaísmo palestinese

También aquí se invocaba a Dios como Padre. Unos textos lo ponen de manifiesto: “Padre nuestro, Padre misericordioso, ten misericordia de nosotros y da a nuestros corazones el comprender...y observar todas las palabras de la enseñanza de la Tora” (*Shemá*). “Bendito seas tú, *Yahvé*, nuestro Dios, oh Dios, Padre nuestro, rey nuestro; oh rey lleno de bondad y que haces el bien a todos...” (Oración de acción de gracias de la comida). El rabino Eliezer decía: “¿En quién debemos confiar? En nuestro Padre, que está en el cielo”.

Por otra parte, en el Judaísmo aparecen unas novedades con respecto al Antiguo Testamento: la persona individual se dirige a Dios como a su “padre del cielo”; esta relación personal, filial, tiene como presupuesto esencial la obediencia a los mandamientos de Dios. Cuando se dirigen a Dios, incluso las personas concretas, lo hacen con el título doble de “nuestro padre, nuestro rey”

Digamos también que la palabra “*Abba*” nunca fue utilizada en el Judaísmo ni en la oración litúrgica ni en la personal para dirigirse a Dios. “El texto que suele aducirse del rabino Hanin es más que dudoso y no es demostrativo en modo alguno. Hubiese sido una falta de respeto, una auténtica irreverencia, dirigirse a Dios con esta palabra tan familiar”²³.

2. JESÚS DE NAZARET SE DIRIGE A DIOS LLAMÁNDOLO “*ABBA*”

J. Ratzinger dice: “el Padrenuestro procede de la oración personal de Jesús, del diálogo del Hijo con el Padre” (*JdN*, 166). En esta misma dirección, deseamos conocer la experiencia religiosa de Jesús. A ello dedicamos las siguientes reflexiones.

2.1. La experiencia religiosa de Jesús

Jesús se dirige a Dios constantemente como a su Padre; en el conjunto de los cuatro evangelios, la expresión aparece 177 veces. Es la primera y la última palabra de Jesús que nos refiere Lucas en su evangelio. Cuando tenía doce años,

²³ *JdN*, 28.

dijo a sus padres: “¿No sabíais que yo debía estar en las cosas de mi padre?” (Lc 2,49); Y antes de su muerte, pronuncia estas últimas palabras: “¡Padre, en tus manos pongo mi espíritu!” (Lc 23,46). Entre ambos momentos, los evangelistas refieren otras ocasiones en las que Jesús se dirige a Dios con la palabra entrañable “Padre”.

2.1.1. Jesús invoca a Dios “*Abba*”.

Jesús se dirigía a Dios como un niño pequeño a su padre, con la misma sencillez y abandono confiado. Todos los estratos de la tradición sinóptica (cf. Mc 14,36; Mt 6,9, 11,24-25; Lc 23,34.46) y el evangelio de Juan (11,41;12,27s, 17,1.5.11.21.24.25), muestran que Jesús ha invocado a Dios como Padre; y precisamente con la forma “*Abba*”, aunque sólo atestiguada literalmente por Marcos 14,36. La palabra “*Abba*” tiene un significado familiar que quiere decir “padre”; pero con una fuerte connotación afectiva que dice: “papá”, “padrecito”.

2.1.2. “*Abba*”, “*ipsissima vox Iesu*”

J. Jeremias afirma que “la palabra «*Abba*» es «*ipsissima vox Iesu*»”²⁴. Hubo algunas críticas a la propuesta de J. Jeremias, como señala Rafael Aguirre para quien la interpretación ofrecida por J. Jeremias “se ha convertido en doctrina común de los teólogos y recientemente ha sido revisada a fondo, de forma crítica, y ha venido a confirmarse su validez fundamental, aunque haya que introducir algunas correcciones de detalle”²⁵.

2.1.3. ¿Qué revela la palabra “*Abba*”?

A) Revela el misterio de Dios

En la palabra-invocación “*Abba*” se vislumbra ya el misterio trinitario. En efecto, sólo sabemos quién es Dios contemplando el rostro de Jesús ya que Él es la manifestación plena de Dios en el mundo (cf. Jn 1,14.18; 14,9). Jesús, revelándose a sí mismo como Hijo, nos revela al Padre. Víctor Codina afirma en este sentido que “la paternidad de Dios sólo se nos revela plenamente desde el misterio de la filiación del Hijo, engendrado eternamente por el Padre en el

24 J. JEREMIAS, “Palabras de Jesús”, *o. c.*, 143; ID., “*Abba*”, *o. c.*, 18-89. F. Bovon afirma, por su parte: “Lo seguro es que Jesús escogió la apelación «*abba*» para su invocación personal de Dios (Lc 10, 21; Mc 14, 36; Lc 22, 42) y para proponer su uso a los discípulos (Lc 11,2)” (*JdN*, 161).

25 R. AGUIRRE, “Jesús, parábola de Dios”, en *Dios, Padre de Jesucristo*, Bilbao, Universidad de Deusto. 1999, 26-29. S. Guijarro critica la interpretación de Jeremias: (“Dios Padre en la actuación de Jesús”, en *Estudios Trinitarios*, 34 (2000), 33-69).

Espíritu y hecho hombre en nuestra historia (Jn 1,18) (...) Jesús nos revela que su Padre es nuestro Padre (Jn 20,17)”²⁶.

B) Revela la propia identidad de Jesús

Jesús se ha sentido tan unido a Dios que ha expresado esta realidad personal utilizando la categoría de filiación. Jesús no habla del Padre como lo hacía Israel, sino que a ese Dios que los otros confiesan creador o redentor, Jesús lo siente y experimenta como Padre. Estamos tocando aquí el corazón, el alma, de la personalidad de Jesús. Esto es su gran novedad; esto es su gran misterio. A. Vanhoye escribe²⁷: “En la oración aparece con claridad el misterio de su filiación divina ya que es un diálogo de amor con su Padre” (cf. Lc 11,2). O. González de Cardedal escribe a este respecto: “*Abba*” es, sin duda, la palabra teológicamente más densa de todo el NT ya que ella revela el misterio último de Jesús, que al atreverse a llamar a Dios con este término denotador de la familiaridad más absoluta, nos ha entregado su propia autoconciencia y con ello el secreto de su ser. Nos revela el principio vital de orientación en su vivir histórico “vivirse como Hijo”²⁸. Cuando Jesús llama a Dios “*Abbá*” nos revela su identidad más profunda: Jesús es el Hijo de Dios; Él es el Unigénito. Jesús pertenece a la esencia, a la definición de Dios. Dios es Padre suyo de modo diferente a como lo es de nosotros, los hombres (cf. Jn 20, 17). Además revela la compenetración profunda y la misión reveladora de Jesús, lo que implica afirmar la igualdad de conocimiento entre el Padre y el Hijo. A esta luz podemos comprender que Schrenk haya afirmado que esta simple palabra es el fermento de toda la cristología posterior, y que J. Dupont haya podido decir que en ella se halla implicado ya el *omoousios* de Nicea. E. Schillebeeckx, por su parte, afirma: “la vivencia del *Abba* es claramente la fuente del carácter peculiar del mensaje y de la praxis de Jesús, los cuales, si prescindimos de esa vivencia religiosa, pierden su autenticidad, su significado y su contenido”²⁹.

C) Revela la conciencia de Jesús

Además, con esta expresión, Jesús revela su conciencia filial única: Mc 13,32; Mt 11, 27; Lc 10,22. Entre Jesús y el Padre existe una mutua interioridad y comunicación, inaccesible a los demás hombres. Mons. R. Blázquez escribe:

26 V. CODINA, “Creo en la fraternidad”, en *Sal Terrae*, Septiembre 1994, 613. F.-X. Durrwell desentraña el rostro del Padre ofreciendo sus rasgos más importantes: “Un Padre que ama”, “Un Padre inmolado”, “la compasión del Padre”, “Padre de las misericordias”, “El Padre Todopoderoso”, “Padre Santo”, “Padre Justo”: en “Nuestro Padre”, o. c., 153-182.

27 A. VANHOYE, *Prêtres anciens, prêtre nouveau, selon le Nouveau Testament*, París, Ed. Seuil, 1980, 146-150.

28 O. GONZÁLEZ DE CARDEDAL, *Jesús de Nazaret. Aproximación a la Cristología*, Madrid, BAC, Madrid, 1975; 99; 370-375; ID., *Cristología*, Madrid, BAC, 2001, 370-372.

29 E. SCHILLEBEECKX, *Jesús, la historia de un viviente*, Madrid, Cristiandad, 1981, 242.

“El centro de su existencia está en Dios su Padre que le ama... La vida de Jesús es la historia de su filiación”³⁰. “Jesús tenía conciencia de ser el Hijo único de Dios y, en este sentido, de ser, él mismo, Dios”³¹.

Esta forma tan familiar de dirigirse Jesús a Dios debió sorprender a sus discípulos y escandalizar a los judíos, pero en Jesús brotaba de la conciencia que tenía de ser el Hijo de Dios. Era la primera vez que un judío se atrevía llamar a Dios “Padre”. La conciencia de Jesús no termina en la creaturalidad, como la nuestra, sino en el Padre. Jesús trató a Dios como a su *Abba* y lo hizo de modo peculiar y personal; además es significativo que Jesús distinga siempre entre “mi Padre” (Mc 14,36) y “vuestro Padre” (Lc 6,36). Nunca se incluye con sus discípulos, diciendo: “nuestro Padre” (...) Este uso lingüístico pone de manifiesto su conciencia de filiación (...) El es el Hijo que nos hace a nosotros hijos. W. Kasper escribe a este respecto: “No cabe hablar de Dios al margen de Jesús; Dios se define en Jesús, de modo escatológico y definitivo, como el Padre de Jesucristo; por eso Jesucristo forma parte de la esencia eterna de Dios. Jesús es en persona la expresión definitiva de la voluntad y de la esencia de Dios. En Él entró Dios definitivamente en el mundo”³². O. González de Cardedal escribe: “El «Padrenuestro» que enseñó a sus discípulos es el reflejo de su conciencia filial y el medio de nuestra participación en ella. Esta filiación fue constituida en plenitud y desvelada en la resurrección. Por eso a partir de ella él es confesado como Hijo y Dios es confesado como el que resucitó a Jesús de entre los muertos, como el Dios y Padre de Nuestro Señor Jesucristo”³³.

2.1.4. ¿Cómo vive Jesús su filiación divina?

Jesús vive su filiación en claves de confianza ilimitada en el Padre, de obediencia a su voluntad, de oración filial, de pobreza y alabanza. Veámoslo.

A) La confianza que Jesús tiene en su Padre le lleva a aceptar un mesianismo de entrega y de servicio que nada tiene que ver con el poder, el tener y la gloria humana. El Mesianismo de Jesús pasa por la abnegación, la pobreza, la obediencia y la cruz (cf. Flp 2,6-10). Jesús se entregó total y absolutamente al Padre. Con esta confianza, Jesús acepta una muerte en cruz (cf. Lc 23,46). Al gritar Jesús en la cruz “*Eli 'atta*” (“Tú, mi Dios”), expresa su confianza en Dios, su Padre. Jesús crucificado mantiene su unión con Dios. “La muerte cesa de ser un puro fin para aquel que invoca a Dios como «*Abba*» y está unido al

30 MONS. R. BLÁZQUEZ, *Jesús, el evangelio de Dios*, Madrid, Marova, 1985, 166.

31 CTI. 1985.

32 W. KASPER, *El Dios de Jesucristo*, Salamanca, Sígueme, 1985, 200-202.

33 O. GONZÁLEZ DE CARDEDAL, *Dios*, Salamanca, Sígueme, 2004, 50.

Dios viviente y vivificante, sin cesar presente, incluso a través de la ausencia”³⁴.

B) La obediencia de Jesús al Padre es expresión de su amor filial, hasta llegar a decir que “mi comida es hacer la voluntad de mi Padre” (Jn 4,34). Jesús puso su vida entera bajo el signo de la obediencia y de la disponibilidad ante la voluntad del Padre. Jesús se dejó construir por el Padre (cf. Jn 4,34; Flp 2,8). El autor de la carta a los Hebreos lo expresa de la siguiente forma: “Me has dado un cuerpo, he aquí que vengo para hacer tu voluntad” (10,5-7)³⁵. El respeto debido al Padre no cesaba con la mayoría de edad, sino que estaba vigente hasta la muerte. Ser hijo significaba “pertenecer a”, y esa filiación se demuestra cumpliendo los mandatos del padre. La oración que los evangelios ponen boca de Jesús, “que no se cumpla mi voluntad, sino la tuya”, expresa fielmente la actitud de Jesús ante Dios su Padre. El Evangelio de Juan desarrolla este aspecto cuando rememora la vida de Jesús: “mi comida es hacer la voluntad de mi Padre” (4,34); “no busco mi voluntad, sino la voluntad del que me ha enviado” (5,30), “no he venido para hacer mi voluntad, sino la del que me ha enviado” (6,38)³⁶.

C) La oración de Jesús. Solemos decir que Jesús no tenía tiempos de oración, sino que oraba siempre: en la soledad y en el camino del servicio apostólico. Digamos unas palabras sobre esta oración.

- Jesús oraba en el camino. Jesús levantaba los ojos al Padre (cf. Jn 11,41-42) y extendía sus manos a los hermanos curando a los enfermos, consolando a los tristes, perdonando los pecados, resucitando a los muertos, anunciando el Reino, acogiendo a los pobres... La oración de Jesús en el camino es la vida de Jesús hecha ofrenda y alabanza al Padre y entrega y misericordia a los hermanos.
- Jesús oraba en la soledad: “a la mañana siguiente, aún de noche, mucho antes del amanecer se levantó, salió y se retiró a un lugar solitario y allí estaba orando” (Mc 1,35) “Después de despedir a la gente, subió al monte a solas para orar” (Mt 14,23). Jesús se retiraba solo a la montaña o al llano para orar; necesitaba esos espacios de soledad e intimidad con su Padre para “gritarle” el dolor y el sufrimiento, el abandono y exclusión de los pobres. Por eso, la soledad no es para Jesús un aislarse de los demás y de sus problemas, sino que su soledad está llena de rostros humanos lacerados, hambrientos, desplazados, refugiados y también de la sonrisa de un niño, del agradecimiento de la buena gente, de la

34 X. LEON-DUFOUR, *Face a la mort. Jésus et Paul*, Paris, Ed. Seuil, 1979, 72.

35 A. VANHOYE, “Prêtres anciens”, *o. c.*, 150-152.

36 R. AGUIRRE, “Jesús”, *o. c.*

acogida de los pobres...No se puede separar la oración del servicio, la contemplación y la lucha a favor de la justicia, de la paz, de la vida...

D) La pobreza de Jesús: “siendo rico, se hizo pobre para enriquecernos con su pobreza” (2 Co 8,9). Jesús sabe que el Padre lo ama y cuida de Él; por ello, su pobreza debe ser entendida como testimonio de su participación en la riqueza insondable de Dios. La pobreza de Jesús es signo de que las relaciones de Jesús con su Padre estaban fundamentadas en el ser y no en el tener. Jesús nos invita a no dejarnos acaparar ni dominar por la codicia ni por la avaricia ya que no podemos servir a Dios y al dinero. Jesús nos pide que compartamos lo que hemos recibido de Dios con los que nada tienen y que nos esforcemos para que sea realidad el destino universal de los bienes.

E) La alabanza. Jesús glorifica al Padre y le da gracias; se quedaba extasiado contemplando al Padre y desde lo más profundo de su corazón brotaban raudales la alabanza al Padre: “Yo te bendigo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has ocultado estas cosas a sabios y prudentes, y se las has revelado a pequeños” (Mt 11,25).

Terminamos este apartado con el Símbolo de Nicea: “Creemos (...) en un solo Señor Jesucristo, Hijo único de Dios, nacido del Padre antes de todos los siglos, Dios de Dios, luz de luz, Dios verdadero de Dios verdadero; engendrado, no creado, de la misma naturaleza que el Padre, por quien todo fue hecho en el cielo y en la tierra: que por nosotros los hombres y por nuestra salvación bajó del cielo y se hizo hombre”³⁷.

3. JESÚS NOS INVITA A DIRIGIRNOS A DIOS CON LA MISMA PALABRA “¡ABBA, PADRE!”· CON LA QUE ÉL LO HACE SIEMPRE

Este grito tan entrañable y tan hondo ha pasado del corazón y de los labios de Jesús a sus discípulos (cf. Ga 4,6; Rm 8,15). De Jesús ha pasado esta palabra a nosotros, a la comunidad cristiana (cf. Lc 11,1; Mc 2,18ss). Si la comunidad cristiana grita esta palabra es porque Jesús se la ha regalado como don y como gracia (cf. Mt 11,27) y porque el Espíritu Santo la grita en el corazón de los discípulos de Jesús (cf. Ga 4,6) y hace posible que nosotros la podemos decir. “Podemos adorar al Padre porque nos ha hecho renacer a su vida al adoptarnos como hijos suyos en su Hijo único”³⁸.

Somos por gracia “hijos en el Hijo”. El Padre ha introducido a los discípulos de su Amado Hijo Jesús en la relación que se da entre Él y el Padre,

37 DS 125; NR 155.

38 *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 2782.

hasta tal punto que también ellos pueden decir con Jesús: ¡*Abba!* Jesús nos incorpora a su oración filial y nos invita a dirigirnos a Dios con la misma palabra “¡*Abba*, Padre!” que Él emplea para alabarle y darle gracias (cf. Lc 10,21), para comunicarse con Él en el Huerto de Getsemaní y en la Cruz (cf. Lc 22,42; 23,34.46). Invocar a Dios con la palabra “*Abba*” sería un atrevimiento, si no fuera porque Jesús nos lo ha autorizado, regalado y mandado. En la Santa Misa, la Comunidad cristiana se atreve a recitar la oración del Padrenuestro por fidelidad a la “recomendación del Salvador y siguiendo su divina enseñanza”. W. Kasper escribe a este respecto: “El propio Jesús, y solo Él, es el que nos descubre a Dios como Padre y nos enseña y nos faculta a orar diciendo: «Padre Nuestro»”³⁹.

El orante se dirige a Dios como un niño a su padre, del que espera todo con confianza. Más aún, esta invocación implica nuestra certeza de que Dios nos considera como sus hijos. Escuchemos con los oídos de nuestro corazón estas entrañables palabras: “¿Es un hijo tan querido para mí Efraím, o niño tan mimado, que tras haberme dado tanto que hablar, tenga que recordarlo todavía? Pues, en efecto, se han conmovido mis entrañas por él; ternura hacia él no ha de faltarme, oráculo de *Yahvé*” (Jr 31, 20). Sólo desde un conocimiento de que Dios es nuestro “*Abba*” hace desaparecer el miedo, la angustia dando lugar a la libertad de los hijos de Dios. Hemos recibido la gracia de poder compartir la intimidad de Jesús con su Padre.

4. MOVIDOS POR EL ESPÍRITU SANTO INVOCAMOS A DIOS “*ABBA*”

Nosotros no podemos llamar a Dios “*Abba*, Padre” por nuestras propias fuerzas. Necesitamos la ayuda del cielo, la gracia divina. Por eso, Jesús resucitado con el Padre nos envía el Espíritu Santo que hace posible que nosotros podamos invocar al Padre “*Abba*”: “como sois hijos, envié a vuestros corazones el Espíritu de su Hijo que grita: «*Abbá*», Padre. Ya no eres esclavo, eres hijo por voluntad de Dios” (Ga 4,4-7). “El Espíritu de Dios, que es un espíritu de filiación y no de temor (cf. Rm 8,15) mueve a los fieles a orar con la familiaridad de un hijo que habla con su padre”⁴⁰.

39 W. KASPER, *El Dios de Jesucristo*, Salamanca, Sígueme, 1985, 170.

40 F. -X. DURRWELL, “Nuestro Padre”, *o. c.*, 218-219. En esta misma dirección se expresa J. R. Busto Saiz que afirma: “el «*Abba*» no es una invocación que brote del corazón del hombre sin que el Espíritu de Jesús la haya puesto en sus labios, con lo que ese mismo Espíritu le transforma en hijo de Dios: “El Espíritu atestigua a nuestro espíritu que somos hijos de Dios” (Rm 8,17): “Creo en Dios Padre”, *Sal Terrae*, septiembre 1994, 605.

5. SIGNIFICADO DE ESTA INVOCACIÓN

5.1. “*Abba, Padre*”

¿Qué significa invocar y llamar a Dios “*Abba*”? Ante todo hemos de afirmar que llamar a Dios responde al mandato de Jesús: “fieles a la recomendación del Salvador y siguiendo su divina enseñanza nos atrevemos a decir (...)”.

– “¡*Abba, Padre!*”. El orante invoca a Dios como Padre porque es nuestro Creador. J. Ratzinger afirma. “Dios es ante todo nuestro Padre puesto que es «nuestro Creador». Y si nos ha creado, le pertenecemos: el ser como tal procede de Él y, por ello, es bueno, porque es participación de Dios. Esto vale especialmente para el ser humano (...) Cada hombre, individualmente y por sí mismo, es querido por Dios. Él conoce a cada uno. En este sentido, en virtud de la creación, el ser humano es ya de un modo especial «hijo» de Dios. Dios es su verdadero Padre” (*JdN*, 171-172).

– “¡*Abba, Padre!*” El orante sabe que su filiación divina no se agota en el acontecimiento maravilloso y magnífico de la creación, sino que llega a una realidad más honda: “ser hijos adoptivos de Dios”. Benedicto XVI afirma en este sentido: “Jesús es «el Hijo» en sentido propio, es de la misma sustancia del Padre. Nos quiere acoger a todos en su ser hombre y, de este modo, en su ser Hijo, en la total pertenencia a Dios. Así la filiación se convierte en un concepto dinámico: todavía no somos plenamente hijos de Dios, sino que hemos de llegar a serlo más y más mediante nuestra comunión cada vez más profunda con Cristo. Ser hijos equivale a seguir a Jesús. La Palabra Padre aplicada a Dios comporta un llamamiento para nosotros: a vivir como “hijo” e “hija” (...) La Palabra “Padre” nos invita a vivir siendo conscientes de esto” (*JdN*, 172-173).

– “¡*Abba, Padre!*”. El orante, al invocar a Dios con el apelativo de “¡*Abba!*”, expresa su intimidad con Dios, semejante a la que tiene Jesús. Dios no es sólo un Ser trascendente, sino un ser cercano que ama, se acuerda y se preocupa del hombre, como un padre cuida de su hijo (cf. Mt 7,11). La paternidad de Dios implica amor, ternura, amabilidad, solicitud... Estamos en las mejores manos que podíamos sospechar o imaginar: en las manos de nuestro Padre Dios. En efecto, “en la vida y en la muerte somos del Señor”. San Pedro decía: “Confiadle todas vuestras preocupaciones, pues Él cuida de vosotros” (1 P, 5,7; cf. Mt 7,11; Mt 10,29-31).

– “¡*Abba, Padre!*”. El orante, al invocar a Dios Padre, manifiesta que Dios nos quiere y nos ama sin condiciones, que es compasivo y misericordioso, que nos acoge en la inmensidad de nuestros pecados y nos perdona, que nos invita a compartir su mesa. Dios ama no sólo al conjunto del pueblo, sino a cada uno de sus miembros. El orante siente que Dios está tan cercano a él que lo experimenta dentro de él. ¡Qué bien se está en las manos del Padre!

– “¡*Abba!* ¡Padre!”. El orante, movido por el Espíritu Santo, al invocar a Dios como “*Abba*”, muestra su plena confianza y abandono en Dios y se pone en sus manos como un niño en brazos de su madre, porque es bueno y misericordioso, está atento a sus hijos, protege a los débiles y necesitados (cf. Mt 5,44s).

– “¡*Abba!* ¡Padre!”. Cuando invocamos a Dios como Padre, brota desde lo más profundo de nuestro corazón un grito de fe, esperanza y amor que termina en Él, un canto de alegría y de paz, un Magnificat de alabanza y agradecimiento al Padre⁴¹.

– “¡*Abba!* ¡Padre!”. Invocar a Dios como Padre nos pide que vivamos en humildad y obediencia ante el Padre, y que cumplamos su voluntad como María que dijo: “he aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra” (Lc 1, 38).

¿Dios es madre?

Algunos autores llaman también a Dios con el nombre de “Madre” ¿E s esto correcto? Suelen aducir como prueba algunos textos del Antiguo Testamento como estos: “Como a un niño a quien su madre consuela, así os consolaré yo” (Is 66,13); “¿Puede una madre olvidarse de su criatura, no conmoverse por el hijo de sus entrañas? Pues aunque ella se olvide, yo no te olvidaré” (Is 49,15). El amor maternal de Dios suele describirse con la palabra hebrea “*rahamim*” que originalmente significa “seno materno”, pero después pasó a significar “la compasión de Dios con el hombre”, “la misericordia de Dios”.

¿Qué debemos decir de la denominación “Madre” aplicada a Dios?

Ni en el Antiguo Testamento ni en el Nuevo Testamento Dios es llamado “madre”. Dicho esto, recordemos las palabras de J. Ratzinger: “En la Biblia, «Madre» es una imagen, pero no un título para Dios. ¿Por qué? Sólo podemos intentar comprenderlo a tientas. Naturalmente Dios no es ni es hombre ni es mujer, sino justamente eso, Dios, el Creador del hombre y de la mujer (...) La imagen del padre era y es más adecuada para expresar la alteridad entre Creador y criatura, la soberanía de su acto creativo. (...) Rezamos como Jesús nos ha enseñado a orar, sobre la base de las Sagradas Escrituras, no como a nosotros se nos ocurra o nos guste. Sólo así oramos de modo correcto” (*JdN*, 174-175).

5.2. “*Abba, Padre nuestro*”

Hemos visto ya que Jesús invoca a Dios como “mi Padre querido”. En efecto, afirma J. Ratzinger: “Sólo Jesús podía decir con pleno derecho «Padre

41 M. LEDRUS, *El Padrenuestro, oración evangélica*, Madrid, San Pablo, 2004, 33.

mío», porque realmente sólo Él es el Hijo unigénito de Dios, de la misma sustancia del Padre». En cambio “todos nosotros tenemos que decir: «Padre nuestro». Sólo en el «nosotros» de los discípulos podemos llamar «Padre» a Dios, pues sólo en la comunión con Cristo Jesús nos convertimos verdaderamente en «hijos de Dios»” (*JdN*, 175). Tengamos presente que nuestra filiación divina no puede ser reducida a una mera adopción jurídica. “La relación del bautizado con el Padre no es de tipo causal, sino de índole «filial»: el Padre es con toda propiedad Padre de los hombres, y los hombres, a su vez, son, con toda propiedad, hijos suyos. Esta filiación comporta una «regeneración» (Jn 3,5) o «nuevo nacimiento» (1 Jn 1,12; 1 P 1,23; Tt 3,5-6)⁴².

¿Qué nos exige decir “Padre nuestro”? Siguiendo a J. Ratzinger decimos: la palabra “nuestro” nos exige: “salir del recinto cerrado de nuestro «yo»; entrar en la comunidad de los demás hijos de Dios; abandonar lo meramente propio, lo que separa; aceptar al otro, a los otros, abrirles nuestros oídos y nuestro corazón. Con la palabra «nosotros» decimos «sí» a la Iglesia viva, en la que el Señor quiso reunir a su nueva familia” (*JdN*, 175).

El orante, al llamar a Dios “Padre”, lo hace consciente de que está insertado y es miembro de la gran familia de los hijos de Dios. Jesús ha querido reunir en torno a Él a un grupo de discípulos, que forman su fraternidad. De la filiación divina ha surgido una preciosa flor que debemos cuidar siempre: una nueva fraternidad de hermanos y de hermanas en el Hermano Mayor que es Jesús. De este modo pasamos de una relación “Padre – hijos” a otra relación: “la de hermanos”. Nosotros, cristianos del siglo XXI somos hoy la comunidad de Jesús, la Iglesia de Jesús. El Padrenuestro es la oración de la fraternidad de Jesús en quien hemos sido hechos hermanos: “todos vosotros sois hermanos”. Y somos hermanos no por una denominación externa, sino porque tenemos un mismo Padre al que podemos llamar e invocar “Padre Nuestro”. Por ello, no podemos invocar a Dios como Padre, si no vivimos como hermanos. La oración del Padrenuestro no sólo es una invocación agradecida al Padre, sino también es un signo de fraternidad y, a la vez, un compromiso de fraternidad.

Jesús nos enseña a invocar a “nuestro Padre” con la misma confianza que lo invoca él. Tengamos presente que este Padre no lo es sólo de los fieles (cf. Sal 103), sino que es Padre de todos y de todas, ya que es “bondadoso con los malos y desagradecidos” (Lc 6,35), “hace salir su sol sobre malos y buenos y manda la lluvia sobre justos e injustos” (Mt 5,45) y “da cosas buenas a los que le piden” (cf. Mt 7,11).

42 N. SILANES, “Dios, Padre Nuestro” en *Dios es Padre; Semanas de Estudios Trinitarios*; Salamanca, Secretariado Trinitario, 1991, 327.

El *Catecismo de la Iglesia Católica* afirma: “Al decir Padre «nuestro», invocamos la Nueva Alianza en Jesucristo, la comunión con la Stma. Trinidad y la caridad divina que se extiende por medio de la Iglesia a lo largo del mundo” (n. 2801). “A pesar de las divisiones entre los cristianos, la oración al Padre «nuestro» continúa siendo un bien común y un llamamiento apremiante para todos los bautizados. En comunión con Cristo por la fe y el Bautismo, los cristianos deben participar en la oración de Jesús por la unidad de sus discípulos”⁴³.

En esta familia de hijos de Dios y de hermanos en Jesús ya no se vive desde uno y para uno, sino desde el Señor y al servicio de todos, especialmente de los más necesitados y desvalidos. “Si recitamos de verdad el «Padre nuestro», salimos del individualismo, porque de él nos libera el Amor que recibimos”⁴⁴. Desde la experiencia de ser y saberse hijos de Dios, empezamos a relacionarnos con los demás de modo semejante a como lo hace Dios (cf. Mt 18, 23-35): con amor, misericordia, perdón. San Juan Crisóstomo nos recuerda: “No podéis llamar Padre vuestro al Dios de toda bondad si mantenéis un corazón cruel e inhumano; porque en este caso ya no tenéis en vosotros la señal de la bondad del Padre celestial”⁴⁵. En esta misma dirección, V. Codina escribe: “La pregunta que el Dios *Yahvé* del Génesis hace a Caín, interesándose por el hermano asesinado, sigue resonando en nuestro mundo (cf. Gn 4, 9). Desde América Latina, desde el Tercer Mundo, esta pregunta sigue interpelando hoy a todo el mundo opulento del Norte: ¿qué has hecho de tus hermanos, dónde están, quién los ha expulsado de la casa y de la mesa de la creación? (...) ¿Cómo revertir esta historia de muerte y convertirla en un canto a la fraternidad?”⁴⁶.

¿En qué se muestra la paternidad de Dios?

- Dios es Padre de Israel y de toda la humanidad (cf. Mt 8,11s)
- Dios perdona a los hombres sus pecados (cf. Mc 11,25).
- Dios se alegra cuando el pecador se convierte (Lc 15,1ss)
- Dios invita al pecador a convertirse (cf. Mc 1, 15).

5.3. “¡Abba!, ¡Padre nuestro!, que estás en los cielos”

Dios es cercano y próximo a nosotros porque es nuestro “*Abba*, Padre”, porque “en Él vivimos, nos movemos y existimos” (Hch 17, 27-28), porque nos acompaña siempre, porque “se acuerda siempre de nosotros”. Ahora bien,

43 *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 2791.

44 *JdN*, n.2792.

45 *De angosta porta et in Orationem dominicam*, 3, PG, 51,44.

46 V. CODINA, “Creo”, o. c., 611.

este mismo Dios Padre es trascendente, inaccesible. Dios no está vinculado a lugares, cosas, razas. Entre Dios y el hombre hay una distancia infranqueable, irreductible que nos separa. La fórmula “Padre que estás en los cielos” marca o pone de relieve la distancia entre Dios y los hombres. Pero este es el misterio: “el infinitamente distante de nosotros por su condición ha venido a ser nuestro Padre. Es decir, el ser más lejano y trascendente ha devenido el más íntimo y el más cercano”⁴⁷. Dios es a la vez el cercano y el lejano, el immanente y el trascendente.

El *Catecismo de la Iglesia Católica* enseña que la expresión “estás en los cielos” “no designa un lugar, sino la majestad de Dios y su presencia en el corazón de los justos. El cielo, la Casa del Padre, constituye la verdadera patria hacia donde tendemos y a la que ya pertenecemos”⁴⁸. J. Ratzinger escribe en esta misma dirección: “Con estas palabras no situamos a Dios Padre en una lejana galaxia, sino que afirmamos que nosotros, aun teniendo padres terrenos diversos, procedemos todos de un único Padre, que es la medida y el origen de toda paternidad (cf. Ef 3,14s; Mt 23,9). La paternidad de Dios es más real que la paternidad humana, porque en última instancia nuestro ser viene de Él, porque Él nos ha pensado y querido desde la eternidad; porque es Él quien nos da la auténtica, la eterna casa del Padre” (*JdN*, 176).

II. LAS SIETE PETICIONES

“Después de habernos puesto en presencia de Dios nuestro Padre para adorarle, amarle y bendecirle, el Espíritu filial hace surgir en nuestros corazones siete peticiones, siete bendiciones. Las tres primeras, más teologales, nos atraen hacia la Gloria del Padre; las cuatro últimas, como caminos hacia Él, ofrecen nuestra miseria a su gracia”⁴⁹.

El Catecismo estructura estas peticiones y las clarifica desde el inicio:

- El primer grupo: “nos lleva hacia Él, para Él: ¡tu Nombre, tu Reino, tu Voluntad! Lo propio del amor es pensar primeramente en Aquél que amamos. En cada una de estas tres peticiones, nosotros no «nos» nombramos, sino que lo que nos mueve es «el deseo ardiente», «el ansia» del Hijo amado, por la Gloria de su Padre: «Santificado sea (...) venga (...) hágase (...)»⁵⁰.

47 L. LÓPEZ DE LAS HERAS, *Dios nuestro Padre*, Madrid, BAC, 1986, 11.

48 *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 2802.

49 *JdN*, n. 2803

50 *JdN*, n. 2804

- El segundo grupo: “son la ofrenda de nuestra esperanza, y atrae las miradas del Padre de las misericordias. Brota de nosotros y nos afecta ya ahora, en este mundo: «danos (...) perdónanos (...) no nos dejes (...) líbranos». La cuarta y la quinta petición se refieren a nuestra vida como tal, sea para alimentarla, sea para sanarla del pecado; las dos últimas se refieren a nuestro combate por la victoria de la vida, el combate mismo de la oración”⁵¹.

Finaliza el Catecismo diciendo: “Mediante las tres primeras peticiones somos afirmados en la fe, colmados de esperanza y abrasados por la caridad. Como criaturas y pecadores todavía, debemos pedir para nosotros, un «nosotros» que abarca el mundo y la historia, que ofrecemos al amor sin medida que es Dios. Porque nuestro Padre cumple su plan de salvación para nosotros y para el mundo entero por medio del Nombre de Cristo y del Reino del Espíritu Santo”⁵².

¿Escucha el Padre nuestras peticiones o se pierden en el vacío? Las peticiones son escuchadas gracias a la oración de Cristo. Refiriéndose a la petición “santificado sea tu nombre”, el Catecismo afirma: “Esta petición, que contiene a todas, es escuchada gracias a la oración de Cristo, como las otras seis que la siguen. La oración del Padre nuestro es oración nuestra si se hace «en el Nombre» de Jesús. Jesús pide en su oración sacerdotal: «Padre santo, cuida en tu Nombre a los que me has dado» (Jn 17,11)”⁵³.

1. PETICIONES QUE “SE REFIEREN A LA CAUSA MISMA DE DIOS EN LA TIERRA”

Estas peticiones teológicas tienen forma impersonal pasiva, por eso pueden ser traducidas así: los fieles piden que Dios santifique su Nombre, que traiga su reino, que cumpla su voluntad.

1.1. “Santificado sea tu Nombre” (Mt 6,9; Lc 11,2).

1.1.1. A modo de introducción

Jesús invoca a Dios llamándolo “¡Padre Santo!” (Jn 17,11), y nos invita a pedir: “¡Santificado sea tu Nombre!”. La santidad es otro atributo esencial de Dios, lo mismo que la omnipotencia. La Virgen María lo expresó así: “El Poderoso ha hecho por mí grandes maravillas; su nombre es santo” (Lc 1,49; cf. Sal 33,21; Am 2,7). Con todo, nos atrevemos a decir que “Santo” es algo más que un atributo en Dios.

51 *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 2805.

52 *JdN*, 2804.

53 *JdN*, n.2815; cf. 2821.

1.1.2. Significado de los términos

A) “Santificado”

Mateo y Lucas emplean el verbo griego “*aghiazō*”, probable traducción del verbo hebreo “*q-d-sh*” que significa etimológicamente “dividir”, “separar”: algo que es objeto de culto y por eso se aparta de lo profano, lo corriente. “Santo” es lo distinto, lo distante, lo otro, lo separado, lo fuera de lo normal, lo que no se identifica con ninguna criatura ni con nada humano. Según esto, “«santificar el Nombre de Dios» es realizar una acción de «división» y de «separación», es aprender a distinguir al verdadero Dios del falso”⁵⁴. Ante lo “santo”, el hombre, por una parte, experimenta miedo y temor porque se encuentra con lo desconocido y, por otra, se siente atraído por lo santo ya que es un misterio fascinante.

Dios es “santo” (Lv 20,3), el “tres veces santo” (Is 6,3), el “santo por excelencia” (1S 6,20). La santidad es uno de los nombres del Dios inaccesible, de quien no se puede ver el rostro sin morir (cf. Ex 33,18-23; Is 6,1-6). “No te acerques aquí. Quita las sandalias de tus pies, porque el lugar en que estás es tierra sagrada... Moisés se tapó la cara temeroso de mirar a Dios” (Ex 3,5-6). Esto mismo le sucede a Isaías: ante Dios se reconoce hombre de labios impuros (cf. Is 6,3-7).

La santidad de Dios no es únicamente de carácter moral; es plenitud de ser, de vida, de fuerza; eleva a Dios por encima de cualquier criatura: “Porque yo soy Dios, no un hombre; en medio de ti esta el Santo” (Os 11,9). Franz Courth escribe: “Con esta palabra se expresa la propiedad esencial de Dios especialmente característica para la fe de Israel: frente al mundo terreno, creado, Dios es el inalcanzable, el totalmente otro”⁵⁵.

Como ya hemos escrito, el Dios santo es al mismo tiempo el Dios cercano al hombre. La santidad de Dios no excluye que Dios sea cercano al hombre. El Dios totalmente Otro es al mismo tiempo el Dios entrañablemente cercano a los hombres hasta el punto de decir que toma partido por los oprimidos: “He visto la opresión de mi pueblo en Egipto, he oído sus quejas contra los opresores, me he fijado en sus sufrimientos” (Ex 3,7), y en contra de los opresores: “He decidido sacaros de la opresión egipcia y llevaros... a una tierra que mana leche y miel” (Ex 3 17). Podemos decir, por tanto, que Dios se santifica realizando su promesa salvadora.

El profeta Oseas, por su parte, manifiesta que la santidad de Dios no significa simplemente su diferencia del pecador y de la criatura, sino su amor que se da libremente a todos: “Cuanto más se les llama (a los judíos), más se alejan.

54 C. DI SANTE, *El Padre Nuestro*, Salamanca, Secretariado Trinitario, 1998, 29.

55 F. COURTH, *Dios, Amor Trinitario*, Valencia, Edicep, 1994, 76.

Ofrecen sacrificios a los baales... ¿Cómo voy a abandonarte, Efraím? ¿Cómo voy a entregarte, Israel?...Mi corazón se conmueve dentro de mí, y mis entrañas se estremecen. No llevaré a efecto el ardor de mi cólera, no volveré a destruir a Efraím, porque yo soy Dios y no un hombre, soy santo en medio de ti y no me complazco en destruir” (11,2-9).

El Nuevo Testamento manifiesta que la santidad de Dios se muestra en el ser y en el obrar de Jesús: “Tú eres el santo de Dios” (Jn 6,69). Y descubrimos, maravillados, que el Dios tres veces santo es, en Jesús, amigo de pecadores, publicanos, marginados. El Dios trascendente se ha hecho, en Jesús de Nazaret, el Dios-con-nosotros, el Dios próximo y cercano a los humanos, hasta tal punto que los fariseos le acusan diciendo: “Ese hombre acoge a los pecadores y come con ellos” (Lc 15, 2). La santidad no es incompatible con la cercanía a los pobres y a los pecadores: “en aquel amigo de los pecadores Dios mismo viene al mundo y acoge a los pecadores en su mesa, para santificarlos”⁵⁶. La santidad sí es incompatible con la soberbia y con creerse mejores que los demás, a quienes se rechaza: “hay hombres que pervierten la idea de la santidad, identificándola con la dureza de su propio corazón y con su suficiencia”⁵⁷.

B) “Tu Nombre”

Entre los hebreos el “nombre” significa la persona; lo que no tiene nombre no existe. Conocer el nombre de alguien es conocer a ese alguien (cf. Nm 1,2-42). En esta oración el “Nombre” significa Dios mismo, la naturaleza y la identidad de su Persona, la realidad misma de Dios⁵⁸. Significa Dios tal como es y se ha revelado y manifestado en la historia de la Salvación. El nombre es el mismo Dios en su revelación. Santificarlo es darlo a conocer en toda su verdad, glorificarlo. Nos preguntamos: ¿Cuál es el nombre de Dios?

a) El Antiguo Testamento

• “EL”, “ELOHIM”

“Murió el rey de Egipto y los israelitas clamaban desde su servidumbre, y el grito que nacía de su servidumbre subió a *Elohim* y *Elohim* escuchó su clamor y se acordó de la alianza con Abraham, Isaac y Jacob y *Elohim* miró a los hijos de Israel y los conoció” (Ex 2,24-25).

Digamos unas palabras sobre este texto. El redactor de este fragmento presenta a Dios con el Nombre *Elohim*: ser divino que rige la naturaleza y dirige la historia, y muestra los rasgos más significativos de su ser y de su obrar: *escucha* el clamor de los pobres y de los que padecen; *mira* a los humanos en sus nece-

56 F.-X. DURRWELL, “Nuestro Padre”, o. c., 175.

57 L. c

58 E. JACOB, *Teología del Antiguo Testamento*, Madrid, Morava, 1969, 46.

sidades; *se acuerda* del Pacto que por amor selló con los padres de este pueblo; *conoce* la esclavitud y servidumbre a las que han sido sometidos por fuerza y *decide liberarlos* de esta situación en que se encuentran⁵⁹.

Al Santo Nombre de Dios “*El*” se le unen unos calificativos:

“*El-Shadai*” (cf. Gn 29,25; Nm 24,4-16) significa “Señor del mundo”;

“*El-Elion*” (Sal 83,19; 97,9) significa Dios Altísimo.

“*El-Olam*” (Gn 21,33) significa Dios Eterno

• “*YAHVE*”

La llamada a Moisés: “Y vio *Yahvé* que se acercaba a mirar y le llamó *Elohim* desde el medio de la zarza: ¡Moisés, Moisés! Y él (Moisés) respondió ¡Heme aquí! Y le dijo: no te acerques aquí; quítate las sandalias de los pies, porque el lugar sobre el que pisas es terreno santo. Y le dijo: yo soy el Dios de tu padre, el Dios de Abraham, el Dios de Isaac... Entonces Moisés se cubrió el rostro, pues tuvo miedo de contemplar a *Elohim*” (Ex 3,4-6).

Dios se revela como el Dios liberador de los oprimidos... “Y dijo *Yahvé*: He visto la aflicción de mi pueblo en Egipto y he escuchado el grito que le hacen clamar sus opresores, pues conozco sus padecimientos. Y he bajado para liberarlo del poder de Egipto y para subirlo de esta tierra a una tierra buena y ancha...” (Ex 3,7-8).

Dios da una misión a Moisés: “Mira: he aquí que el clamor de los hijos de Israel ha llegado hasta mí y he visto la opresión con que los egipcios les oprimen. Por tanto, ¡ve! Yo te envío al Faraón, para que saques a mi pueblo...de Egipto... Yo estaré contigo” (Ex 4,9-10.12)

Revelación del nombre de Dios. “Contestó Moisés a Dios: si voy a los hijos de Israel y les digo: el Dios (*Elohim*) de vuestros padres me ha enviado a vosotros; cuando me pregunten: «¿Cuál es su nombre?», ¿qué les responderé? Dijo Dios (*Elohim*) a Moisés: «Yo soy el que soy» (*‘ehyed ‘asher éhyeh*). Y añadió: «Así dirás a los hijos de Israel: ‘Yo soy’ (*éhyeh*) me ha enviado a vosotros. *Yahvé*, Dios (*Elohim*) de vuestros padres... me ha enviado a vosotros. Éste es mi nombre para siempre, por él seré invocado de generación en generación» (3,13-15).

Pronunciación de *YHWH*. A partir del período que siguió al destierro de Babilonia, se pone de relieve la absoluta trascendencia de Dios. Parece ser que en el siglo II antes de Cristo, empezó la costumbre de no pronunciar ya el nombre de *YHWH*, para no profanar la divinidad (cf. Lv 18,21; 19,12; 20,3; 21,6).

59 X. PIKAZA, “Dios de Moisés, Dios de Jesús. Pensar la Trinidad desde Marcos” en *Pensar a Dios*, Salamanca, Secretariado Trinitario, 1997, 19-20.

Este nombre se pronuncia una sola vez al año, en un día solemne en la liturgia del Templo. Cuando el lector encontraba el tetragrama, para no pronunciarlo, lo sustituía por *Adonai* (Señor mío) o por otras palabras como: Nombre, Gloria... Los LXX tradujeron *Adonai* por *Kyrios*. Dado que el nombre de *Yahvé* no era pronunciado, se llegó a olvidar incluso su pronunciación. Los masoretas (VI-X d. de Cristo) añadieron al texto consonántico las vocales de la palabra *Adonai* y leyeron entonces “Jehová”. Pero la verdadera pronunciación es “*Yahvé*”⁶⁰.

Significado de *YHWH*. Esta palabra se deriva quizás de una forma arcaica del verbo “*hajah*”, que para los hebreos significa “existir”, “vivir”. Unos sostienen que en esta palabra subyace la idea de una negativa de Dios a pronunciar su nombre⁶¹. Otros, siguiendo la versión de los LXX (“*ego eimi o òn*”), manifiestan que equivale a “*Ipsum esse subsistens*”, “el mismo ser subsistente”⁶². Otros manifiestan que esa expresión hay que entenderla a la luz del contexto inmediato que dice: “he visto la aflicción de mi pueblo en Egipto, he oído el clamor que le arrancan los opresores... Voy a bajar para librarlo” (Ex 3,7-8). En este caso, Dios se define como aquel que está y estará siempre con el Pueblo de Israel, como aquel cuya verdad última y radical es la de ser aliado de este Pueblo. En este sentido, Dios se define como el que está siempre presente y cercano al que sufre⁶³.

¿Qué podemos decir respecto a estas interpretaciones?

Nos parece que la interpretación mejor es la que pone de relieve que Dios es “misterio inefable” y “aquel que ama, cuida y está cerca del hombre”: el

60 P. CODA, *Dios Uno y Trino*, Salamanca, Secretariado Trinitario, 1993, 41-46.

61 A. M. DUBARLE, “La signification du nom de Jahve”, en *Revue des Sciences Philosophiques et Théologiques*, 35 (1951), 3-21; G. LAMBERT, “Que signifie le nom de JHWH?”, en *Nouvelle Revue Théologique*, 74 (1952), 897-915.

62 Sto. Tomás afirma que Dios habría dado una definición ontológica de sí mismo: “Yo soy el que soy”, como aquel cuya realidad última y más profunda sería la plenitud del ser I^a, q.13, a.11; J. M. CASCIARO y J. M. MONFORTTE, *Dios, el mundo y el hombre en el mensaje de la Biblia*, Pamplona, Eunsa, 1992, 153-155.

63 D. LATTES, *Nouvo commento alla Torà*, Asissi/Roma, Crucci, 1976, 206. L. Boff escribe: “A Moisés, Dios le reveló su nombre, es decir, se le reveló como Él mismo es: como quien acompaña al pueblo y está siempre presente (cf. Ex 3,14)” (El Padrenuestro. La oración de la liberación integral; Ed. Paulinas. Madrid. 1982; 64). X. Pikaza afirma, por su parte: “Este nombre de Dios está vinculado a una experiencia de llamada y envío liberador: sólo conoce de verdad a Dios y sabe la hondura de su nombre (*Yahvé*), quien se descubre enviado y, al ponerse en movimiento en medio del envío, le encuentra como aquel que llamándolo le asiste en el camino”. (“Dios de Moisés”, en *o. c.*, 1997, 26). Este mismo autor escribe en otro libro: “Dios se hace presencia salvadora en Moisés, a fin de revelarse de esa forma como *Yahvé*: un Yo-soy de liberación para el conjunto de los israelitas. Por un lado es trascendente, de manera que su Yo-soy desborda todas las posibles afirmaciones humanas: está siempre más allá, es Señor universal, creador y salvador originario. Pero, al mismo tiempo, es Inmanencia plena o, mejor dicho, presencia salvadora” (*Para descubrir el camino del Padre. Nueve itinerarios para el encuentro con Dios*, Estella, Verbo Divino, 1998, 17). Los israelitas deben recordar de generación en generación el santo Nombre de Dios como presencia liberadora. G. AUZOU, *De la servidumbre al servicio. Estudio del Libro del Éxodo*, Madrid, Fax, 21969, 109-126.

“*Deus absconditus*” y el “*Deus revelatus*” –“El Dios escondido” y el “Dios revelado”–. Por tanto, el sentido del Nombre de Dios se relaciona con su acción liberadora del pueblo de la esclavitud de Egipto, sin perder por ello su trascendencia y libertad (cf. Ex 33,17-23). J. Ratzinger manifiesta a este respecto: “El Dios que llama a Moisés es realmente Dios. Dios en el sentido propio y verdadero no existe en pluralidad con otros dioses. Dios es, por definición, uno solo. (...) Así, la respuesta de Dios es al mismo tiempo negación y afirmación. Dice simplemente de sí: «Yo soy el que soy», Él es, y basta. Esta afirmación es al mismo tiempo nombre y no-nombre. Por eso, era del todo correcto que en Israel no se pronunciara esta autodefinición de Dios que se percibe en la palabra *YHWH*, que no la degradaran a una especie de nombre idolátrico (...). No obstante, sigue siendo cierto que Dios no rechazó simplemente la petición de Moisés y, para entender este singular entrelazarse de nombre y no-nombre, hemos de tener claro lo que significa un nombre: el nombre crea la posibilidad de dirigirse a alguien, de invocarle. Establece una relación (...) A partir de ahí podemos entender de manera positiva lo que se quiere decir al hablar del nombre de Dios: Dios establece una relación entre Él y nosotros. Hace que lo podamos invocar. Él entra en relación con nosotros y da la posibilidad de que nosotros nos relacionemos con Él. Pero eso comporta que de algún modo se entrega a nuestro mundo humano. Se ha hecho accesible y, por ello, también vulnerable. Asume el riesgo de la relación, del estar con nosotros” (*JdN*, 177-178).

- “*ADONAI*”

“*Adonai*” deriva del sustantivo “*adon*” (señor, soberano). *Yahvé* es designado como Señor (Is 1, 24, 6,1-8) porque ha creado a su pueblo (Sal 100,3; Is 43,1-21; 60,21) y, de este modo, lo posee y lo guía. Es el Señor de toda la tierra (Jos 3, 11-13); “Señor de los Señores” (Sal 136, 3; Dt 10,17).

b) Nuevo Testamento

Al iniciar este apartado, hemos tener presente que entre el Antiguo Testamento y el Nuevo Testamento no hay sólo continuidad sino también ruptura. En efecto, si solo hubiera continuidad el NT sería un capítulo más del Judaísmo y no habría nacido la Iglesia. Si sólo hubiera ruptura entre ellos, la comunidad cristiana no habría conservado los libros sagrados de Israel, ni se referiría continuamente a su historia, ni tendría a patriarcas y profetas como maestros y modelos de su fe⁶⁴.

- Jesús nos revela el rostro de Dios

Los cristianos hemos encontrado a Dios y hemos descubierto su nombre en la persona, mensaje, vida, muerte y resurrección de Jesús. San Juan lo expresa

64 PONTIFICIA COMISIÓN BÍBLICA, *El pueblo judío y sus Escrituras sagradas en la Biblia cristiana*, Città del Vaticano, Libreria Editrice Vaticana, 2002.

de forma admirable: “A Dios nadie lo ha visto jamás: el Hijo único, que está en el seno del Padre, él lo ha contado” (1,18). “¿Tanto tiempo estoy con vosotros y no me conoces, Felipe? El que me ha visto a mí, ha visto al Padre” (14,9-10). “Yo he manifestado tu nombre a los hombres” (17,6).

DIOS ES PADRE. Jesús nos revela QUE DIOS ES PADRE. Desentrañemos este Nombre:

– “Padre de Jesús”:

Jesús tiene conciencia de ser Hijo de Dios: En Getsemaní, Jesús se adentra por los caminos de su pasión y muerte en cruz. Y, desde lo más profundo de su alma, grita y clama: “*Abba*, Padre; todo es posible para ti; aparta de mí este cáliz; pero no sea lo que yo quiero, sino lo que quieras tú” (Mc 14, 36). Crucificado en la cruz, Jesús dice confiado: “Padre, en tus manos pongo mi espíritu” (Lc 23, 46). Dios llama a Jesús hijo: “Tú eres mi hijo querido, en ti me he complacido” (Mc 1, 9-11). “Este es mi hijo querido, escuchadlo” (Mc 9, 2-8).

– “Padre nuestro”:

Jesús nos enseñó a orar así: “Padre nuestro”. El Padre de Jesús es también nuestro Padre por gracia. Dios es aquel que nos hace por amor y gracia hijos suyos en su Amado Hijo y nos trata como a hijos queridos: “somos hijos en el Hijo”.

– “Padre santo”: “Padre santo, cuida en tu nombre a los que me has dado” (Jn 17,11).

– “Padre justo”: “Padre justo... yo les di a conocer tu nombre, y seguiré dándoselo a conocer, para que el amor que Tú me has tenido esté con ellos” (Jn 17,26);

– “Padre de misericordia”: “¡Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, Padre de las misericordias y Dios de toda consolación...” (2 Co.1,3).

DIOS ES AMOR: San Juan nos muestra que Dios es “AMOR”: “Dios es «*agapé*», «amor»” (1 Jn 3,1; 4,7.8.16). Medard Kehl desentraña el “nombre” de Dios como Amor afirmando que es un amor que va en busca de lo perdido (cf. Lc 15, 11-32); que se “entrega” en la muerte (cf. Jn 3,16), que vence a la muerte en la “resurrección” de Jesús (cf. 1 Co 15,20)⁶⁵.

Carminé di Sante escribe: “El NT, con su revelación de Dios como *agapé*, es decir, como amor que perdona, asume y radicaliza la definición que de Dios da el Éxodo como «Aquel que está siempre al lado del hombre», siempre,

65 M. KEHL, *Introducción a la fe cristiana*, Salamanca, Sígueme, 2002, 92; 99, 115, 113.

incluso en el abismo de su pecado y de su fracaso, incluso «en los infiernos» de su rechazo o negación de Dios. Dios es esa compañía perenne que ama aunque se le rechace, que acoge aunque se le niegue y que nunca abandona aunque lo abandonen a Él. Él es, por definición, ese «ser para el otro», de todas maneras y en todo lugar, siempre y en todas partes»⁶⁶.

1.1.3. Estructura sintáctica de “Santificado sea tu Nombre”

La exclamación “santificado sea tu Nombre” ¿está vinculada con la invocación “¡Padre!” y, por tanto, está separada de las otras dos exclamaciones? o ¿está unida a los tras dos que la siguen? Ofrecemos a continuación las dos respuestas que se han dado.

a) J. Jeremias manifiesta que la petición “santificado sea tu nombre” pertenece al bloque de las otras dos exclamaciones: “venga tu Reino” y “hágase tu voluntad”⁶⁷.

b) H. Schürmann, por el contrario, afirma que las palabras “santificado sea tu Nombre” deben ser vinculadas a “Padre”, por lo que deben entenderse así: “Padre, santifica tu nombre” (cf. Jn 17). Pedimos que Dios santifique su Nombre ya que nadie puede glorificarlo de forma adecuada, salvo Él. “El orante sabe que la glorificación de Dios solamente puede realizarse, en último término, como acto de Dios mismo. Y en este acto divino, el orante participa deseándolo. No lo pide propiamente, sino que se limita a expresar su deseo, ya que sabe que de antemano se le escucha. Lo que hace al orar, es manifestar su alegría de que el nombre de Dios será ahora santificado por Dios mismo” (...) Dios mismo ha de “santificar su Nombre”, mostrarse como santo, revelarse gloriosamente, y resplandecer regiamente en el mundo, con toda su realidad divina. Esto sucedería por medio de la revelación de sus actos salvíficos (cf. Ez 20,41; 36, 23s; 39,27), o proporcionándose a sí mismo –en el Juicio– el reconocimiento y sumisión que le son debidos (cf. Nm 20, 13; Lv 10,3; Is 5,16)⁶⁸.

1.1.4. Significado de “santificado sea tu Nombre”

A) “Padre, santifica tu Nombre”

En el profeta Ezequiel (36,22-28) está este oráculo de Dios: “santificaré mi gran nombre, profanado entre los gentiles y entre vosotros, para que los gen-

66 C. DI SANTE, “El Padre Nuestro”, *o. c.*, 40.

67 J. JEREMIAS, “Palabras de Jesús”, *o. c.*, 146-148. J. Gnilka: “La santificación del nombre, en asociación íntima con la llegada del reinado soberano de Dios, hace que ese reinado aparezca todavía más nítidamente en su cualidad teológica y se presenta como el gran don de Dios a los hombres” (*Jesús de Nazaret*, Barcelona, Herder, 1993, 175).

68 H. SCHÜRMAN, *Padre Nuestro*, Salamanca, Secretariado Trinitario, 1982, 49-50.

tiles sepan que yo soy *Yahvé* –oráculo del Señor *Yahvé*– cuando me santifique por medio de vosotros a los ojos de ellos” (Ez 36,23). El profeta destaca que Dios se santificará con una poderosa intervención, mediante la cual reunirá a su pueblo de entre las naciones en las que está dispersado y lo conducirá hacia su tierra⁶⁹.

Dios supera por puro amor y gracia el abismo que existe entre Él y su pueblo. Dios es el único que puede de verdad “santificar su nombre”. Y lo hace no condenando, sino salvando a su pueblo. Dios santifica su Nombre manifestando su poder, salvación, gloria y santidad, de modo que se reconozca su santidad y se proclame su alabanza.

En Jesucristo Dios y el hombre se encuentran para siempre. “Cuando llegó la plenitud de los tiempos, envió Dios a su Hijo nacido de mujer” (Ga 4,4). Dios se hace cercano y próximo como nunca lo había hecho anteriormente. Jesús de Nazaret es el “Dios-con-nosotros”, es el “*Emmanuel*”: “Y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros” (Jn 1,14). La carta a los Hebreos dice: “Tuvo que hacerse en todo semejante a nosotros, excepto en el pecado (Hb 4,15), para llegar a ser sumo sacerdote compasivo y fiel” (Hb 2,17).

¿Qué pide el orante?

Teniendo en cuenta las palabras de Ezequiel, pide al Padre que sea Él mismo quien santifique su propio Nombre; se une así a la petición de Jesús: “Padre, glorifica tu Nombre” (Jn 12, 28). El verbo en pasiva indica discretamente que la acción viene de Dios, que tiene la iniciativa. Nosotros no somos capaces de santificar el Nombre de Dios; al contrario, más de una vez, podemos profanarlo. Por eso la petición se transforma en una súplica al Padre para que sea Él mismo quien santifique su propio Nombre. A Él le suplicamos que se dé a conocer como Padre en el mundo entero, que manifieste su gloria y salvación, que irradie su gloria en nuestro mundo y en medio de la humanidad. Le pedimos con confianza que intervenga en la historia manifestando su santo Nombre haciendo que todo el mundo reconozca ese poder de Padre. Y Dios responde a esa petición con estas palabras: “No lo hago por vosotros, casa de Israel, sino por mi santo nombre, profanado por vosotros en las naciones adonde fuisteis” (Ez 36,22). A esta santificación del Nombre de Dios, los seres humanos han de responder con la alabanza, la obediencia y la acción de gracias. *J. Ratzinger* escribe: “Únicamente podemos pedirle a Él mismo que no deje que la luz de su nombre se apague en este mundo. Y esta súplica de que sea Él mismo quien tome en sus manos la santificación de su nombre, de que proteja el maravilloso misterio de ser accesible para nosotros y de que, una y otra vez, aparezca en su

69 W. EICHRODT, *Der Prophet Hezekiel*, Göttingen, Vandenhoeck & Ruprecht, 1968, 496-497.

verdadera identidad librándose de las deformaciones que le causamos” (*JdN*, 179)⁷⁰.

B) “*Padre, concédenos la gracia de santificar tu Nombre*”

J. Ratzinger escribe: La súplica que le hemos dirigido al Padre de que sea Él mismo quien santifique su Nombre “comporta siempre para nosotros un gran examen de conciencia: ¿Cómo trato yo el santo nombre de Dios? ¿Me sitúo con respeto ante el misterio de la zarza que arde, ante lo inexplicable de su cercanía y ante su presencia en la Eucaristía, en la que se entrega totalmente en nuestras manos?” (*JdN*, 180).

El Pueblo de Israel debe santificar el nombre de Dios y nunca profanarlo, bendecirlo y jamás maldecirlo (Lv 22,32; Nm 20,12; 27,14; Dt 32,51). Israel santificará el Nombre de Dios creyendo en su Palabra, confiando en sus promesas, observando sus mandatos y preceptos en el culto y en la vida diaria, alabándolo y adorándolo⁷¹.

Jesús nos llama e invita a “santificar el nombre de Dios”, es decir, a tratar a Dios como Dios, a dejar que Dios sea Dios en cada uno de nosotros, a amarlo con un amor sumo y exclusivo, a glorificar el Nombre de Dios⁷². Podemos alabar a Dios, sólo si Dios nos da su gracia y ayuda, su fuerza y aliento para poder hacerlo. Pero, ¿cómo podemos y debemos santificar el Nombre de Dios?

- Proclamando en el mundo y ante los seres humanos el Santo Nombre de Dios no sólo con nuestras palabras sino también con nuestras obras. “¡No profanemos nunca el Nombre Santo de Dios!” ¡Nunca injuriamos el Santo Nombre de Dios! No pronunciamos el nombre de Dios en vano. ¡Demos culto a Dios invocando su Santo Nombre! “Al decir: «Santificado sea tu Nombre», nos amonestamos a nosotros mismos para que deseemos que el nombre del Señor, que siempre es santo en sí mismo, sea también tenido como santo por los hombres”⁷³.
- Tomando en serio a Dios, sin pretender nunca manipularlo ni ponerlo al servicio de nuestros intereses; respetando a Dios, sin intentar nunca

70 A. George escribe: “Que «Dios santifica su nombre» quiere decir que manifiesta su gloria purificando a su pueblo de sus pecados, salvándolo. Se le pide pues que pase a la acción, que se revele tal y como es, es decir, salvador. Sólo Él puede hacerlo. “«Hazte conocer como Dios» expresa bien esta idea, al mismo tiempo que guarda el aspecto del nombre” (“El evangelio”, o. c., 51).

71 Respetando la divinidad de Dios frente a los ultrajes de la idolatría (cf. Lv 18,21, 20,3) y del pecado (cf. Lv 21,6; 22, 2,32).

72 M. Ledrus escribe: “Jesús nos enseña a exaltar a Dios por encima de todo y, especialmente, por encima de nosotros mismos, a no ponerlo nunca en nuestro corazón en competición con un bien terreno, a ser entusiastas de Él” (“El Padrenuestro”, o. c., 45).

73 S. AGUSTÍN, *Carta a Proba*.

- hacer de Él una idea producida por nuestra mente ni una prolongación de nuestro mundo. Debemos reconocer su alteridad.
- Cantando con los ángeles “Tú sólo eres santo, Tú sólo Señor, Tú sólo el Altísimo, Jesucristo”. No nos cansemos de repetir: “Gloria al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo”. “Santo, Santo, Santo es el Señor” (Is 6,3).
 - Amando a Dios con todo nuestro corazón porque Él es bondad infinita y “porque nos amó primero” (1 Jn 4, 19).
 - Sufriendo cuando el Santo Nombre de Dios es injuriado y despreciado, negado e insultado, rechazado y expulsado del mundo (cf. Ez 36,22-23). Nos duele la incredulidad y la indiferencia ante Dios (cf. Mt 17,17).
 - Manteniendo viva la memoria y la gloria de Dios en el mundo y no manchando ni profanando su Santo Nombre. “El Nombre de Dios será también santificado debidamente por los hombres, acá en la tierra, por medio de una vida verdaderamente moral y que ensalce a Dios (cf. Nm 20,12; 27,14; Lv 22,31s), por medio de una vida que haga justicia a la santidad de Dios”⁷⁴.
 - Pidiendo al Padre que muestre su gloria a todos los hombres para que se cumplan las palabras de Ezequiel: “mostraré la santidad de mi nombre ilustre...” (36,23). Pedimos que Dios sea conocido, amado, glorificado por todos los seres humanos.
 - Poniéndonos al lado de los empobrecidos, excluidos y oprimidos para luchar por su libertad cautiva y su dignidad humana violada y conculcada.

L. Boff escribe: “Santifica a Dios en la palestra de la historia quien se pone al lado de los oprimidos para luchar por su libertad cautiva; santifica el Nombre santísimo del Padre quien se solidariza con las clases subalternas entrando en el conflictivo proceso social y ayudando, sin odios disgregadores, a crear lazos más fraternos en el tejido social (...) Más que la del asceta, se precisa la figura del profeta o del político que se encaran con el poder abusivo y levantan la voz en nombre de la conciencia y de la santidad de Dios, gritando: «¡No está permitido!» (Mc 6,18), «¡No oprimas a tu hermano!» (Lv 25,17)”⁷⁵.

- Denunciando la injusticia, la mentira, la violación de los derechos humanos, el hambre injusta, la guerra y la violencia...Santificaremos el Nombre de Dios no sólo por medio de la oración, sino también por la práctica cultural y por la práctica existencial y social. El profeta Isaías afirma que el Dios santo es santificado en la justicia (5,16). L.

74 H. SCHÜRMANN, “Padre Nuestro”, *o. c.*, 58.

75 L. BOFF, “El Padrenuestro”, *o. c.*, 67-68.

Boff afirma en esta misma dirección: “Santificamos el nombre de Dios cuando con nuestra vida, con nuestra actitud solidaria, ayudamos a construir relaciones humanas más ecuanímes y más santas, que impiden la violencia y la explotación del hombre por el hombre. Dios sufre violación siempre que se viola su imagen y semejanza, que es el ser humano; y en cambio recibe glorificación cuando se restituye la dignidad humana al expropiado o violentado. Aquí despunta el desafío de una santificación libertadora; en el esfuerzo por gestar un mundo que objetivamente honre y magnifique a Dios por la mejor calidad de vida que se logre alcanzar”⁷⁶.

- Proclamando que Dios está cerca de modo especial de los empobrecidos y oprimidos, de los rechazados y excluidos, de los desvalidos y maltratados (cf. Ex 3,7. 17).

C) ¡Padre!, concédenos ser santos ahora y siempre

Cuando los discípulos de Jesús piden la glorificación del Nombre de Dios, están abriéndose a que el Padre realice en ellos el proyecto que desde toda la eternidad concibió para ellos por amor: que ellos sean “alabanza de la gloria de su gracia” (Ef 1,6). El *Catecismo de la Iglesia Católica* afirma: “Con una audaz confianza hemos empezado a orar a nuestro Padre, suplicándole que su Nombre sea santificado, le hemos pedido que seamos cada vez más santificados”⁷⁷.

Recordemos estas palabras de San Cipriano: “Al decir «santificado sea tu nombre», le pedimos a Dios que su nombre sea santificado en nosotros... «Inspirándonos en aquellas palabras de la Escritura: «Sed santos, porque yo, el Señor, soy santo» (Lv 20,26), pedimos que, santificados por el bautismo, perseveremos en lo que hemos empezado a ser, y esto lo pedimos todos los días. Nos es necesario santificarnos cada día, pues como faltamos cotidianamente, debemos purificar nuestros pecados por una santificación repetida, sin cesar”⁷⁸.

Esperamos que un día, en el Reino de los cielos, Dios nos acoja en su Casa donde glorificaremos al Padre por Cristo en el Espíritu Santo por toda la eternidad. Ese día, el Gran Día, cantaremos con todos los bienaventurados: “Grandes y maravillosas son tus obras, Señor, Dios Todopoderoso; justos y verdaderos tus caminos, ¡oh rey de las naciones! ¿Quién no temerá, Señor, y no glorificará tu nombre? Porque Tú solo eres santo, y todos los pueblos vendrán y se postrarán ante Ti, porque han quedado manifiestos tus designios de salvación” (Ap 15,3-4).

⁷⁶ *Ib*, 66-67.

⁷⁷ *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 2839.

⁷⁸ SAN CIPRIANO, *Comentario al Padrenuestro*.

1.2. “Venga tu Reino” (Mt 6, 10; Lc 11,2)

1.2.1. El Reino de Dios en las oraciones judías

La *Tefillá* dice: “Reina sobre nosotros, tú solo, Señor, con amor y misericordia (...) Bendito eres, Señor, Rey, que amas la justicia y el derecho” (Bendición 11).

El *Qaddish* afirma: “Que Él haga prevalecer su reino en vuestra vida y en vuestros días y en la vida de toda la casa de Israel bien pronto y en un tiempo próximo”⁷⁹.

1.2.2. Reflexión bíblico-teológica sobre el Reino de Dios

A) Jesús anuncia el reino de Dios

El contenido central de la predicación de Jesús es el anuncio del “Reino de Dios” o su equivalente “Reino de los cielos” y su venida a este mundo: “Después que Juan fue entregado, Jesús fue a Galilea, predicando el evangelio de Dios y diciendo: se ha cumplido el tiempo y ha llegado el reino de Dios. Arrepentíos y creed al evangelio” (Mc 1,14-15;cf. Lc 4,43; 8,1; 9,11). Empieza, pues, una nueva era en la historia de la salvación. El anuncio de Jesús llega en un momento histórico en el que el pueblo de Israel espera ardientemente la aparición del Reino de Dios.

B) Naturaleza del Reino de Dios

No todos comprendían de la misma manera la naturaleza del Reino. El Reinado de Dios según Jesús no era una teocracia nacional, de tipo religioso-político, ni un reino de poder político y de bienes de esta tierra, sino el señorío de Dios, que pide la conversión y la fe del hombre. Jesús tenía una concepción muy distinta del Reino de Dios, como veremos a continuación.

En el Nuevo Testamento, la palabra “*basileia*” se puede traducir por *realiza*: nombre abstracto que indica la condición de derecho por la que Dios Padre puede ser proclamado soberano del mundo; *reino*: nombre concreto que subraya el ámbito concreto en el cual Dios ejerce su realeza; *reinado*: nombre de acción que indica la actividad mediante la cual el Padre toma posesión visible del mundo⁸⁰.

79 J. JEREMIAS, “Palabras de Jesús”, o. c.

80 *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 2816; J. Schlosser: “Opino, por mi parte, que la acepción de «reinado» es la más fundamental cuando se trata de la predicación de Jesús (...) pero sería más exacto, cuando se habla de forma general, asociar sistemáticamente los dos términos: reinado-reino”; (*Jesús, el profeta de Galilea*, Salamanca, Sígueme. 2005, 113). Olegario González de Cardedal ofrece en una apretada síntesis teológica los contenidos del reino de Dios: “El reino tiene por origen y contenido a Dios, y por sujeto introductor en la historia a Cristo, que afecta decisivamente al tiempo y pone

a) El Reino es el “reinado de Dios”

J. Ratzinger escribe: “Con esta petición reconocemos en primer lugar la primacía de Dios: donde Él no está, nada puede ser bueno. Donde no se ve a Dios, el hombre decae y decae el mundo. En este sentido, el Señor nos dice: «Buscad ante todo el Reino de Dios y su justicia; lo demás se os dará por añadidura» (Mt 6,33) (...) Reino de Dios quiere decir «soberanía de Dios» y eso significa asumir su voluntad como criterio. Esa voluntad crea justicia, lo que implica que reconocemos a Dios su derecho y en él encontramos el criterio para medir el derecho entre los hombres” (*JdN*, 180-181). Una lectura de los textos bíblicos nos muestra que el reino de Dios que anuncia y trae Jesús no es primariamente un reino, sino que es el señorío de Dios. W. Kasper escribe: “El reino de Dios no es primariamente un reino, sino que se trata del señorío de Dios, de la prueba de su gloria, de su ser de Dios”⁸¹.

¿En qué consiste este señorío? ¿Cómo es este señorío de Dios? Este Reino es el reino del amor, de la misericordia, del perdón, de la salvación, de la paz de Dios (cf. Rm 14, 17). El Reino es la paternidad de Dios conocida, experimentada y realizada entre los hombres. Por ello, el reino es don exclusivo de Dios y no puede ser construido ni merecido por el hombre. Este reino es dado, regalado (Mt 21,34; Lc 12,32) y dejado en herencia (Lc 22,29). Ahora bien, esto no significa que el que acoge el reino ha de caer en el quietismo. El Señor nos pide convertirnos y creer ante la llegada del reino. “El señorío de Dios es tal en el amor; la gloria de Dios se muestra en su libertad soberana para el amor y el perdón”⁸².

Una vez más, ofrecemos unas palabras de Benedicto XVI: “Hablando del Reino de Dios, Jesús anuncia simplemente a Dios, es decir, al Dios vivo, que es capaz de actuar en el mundo y en la historia de un modo concreto, y precisamente ahora lo está haciendo. Nos dice: Dios existe. Y además: Dios es realmente Dios, es decir, tiene en sus manos los hilos del mundo. En este sentido, el mensaje de Jesús resulta muy sencillo, enteramente teocéntrico. El aspecto nuevo y totalmente específico de su mensaje consiste en que Él nos dice: Dios actúa ahora; ésta es la hora en que Dios, de una manera que supera cualquier modalidad precedente, se manifiesta en la historia como su verdadero Señor,

al hombre ante nuevas posibilidades, exigencias y amenazas. Lo central es la innovación teológica (mostración de Dios), a la que sigue la innovación escatológica (sentido de la historia), la transformación del corazón del hombre (moral) y la exigencia de configurar la vida en correspondencia con la forma en que Dios se ha manifestado (proyecto social). Una comprensión del Reino de Dios que separe estos elementos o absolutice uno de ellos, bien sea el religioso (pietismo), el moral (Ilustración) o el social (movimientos revolucionarios), degrada el mensaje de Jesús” (“Cristología”, o. c., 48).

81 W. KASPER, *Jesús, el Cristo*, Salamanca, Sígueme, 1992, 95.

82 *JdN*, 98-99.

como el Dios vivo. En este sentido, la traducción «Reino de Dios» es inadecuada, sería mejor hablar del «ser soberano de Dios» o del reinado de Dios” (*JdN*, 3). Acojamos estas enseñanzas y hagamos de ellas luz para nuestra vida.

b) El Reino es Jesucristo

Recordemos las palabras de san Pablo: “Él es quien nos arrancó del poder de las tinieblas y nos ha trasladado al reino de su Hijo amado, de quien nos viene la liberación y el perdón de los pecados” (Col 1,13-14). Por eso, afirmamos que Jesús no es sólo un mensajero que anuncia el reino de Dios y trabaja por este Reino, sin que tenga nada que ver con Él. Jesús es Él mismo el Reino de Dios. Los Padres de la Iglesia manifiestan que el Reino de Dios es el mismo Jesucristo ya que Él es la presencia visible e histórica del amor, de la misericordia y del perdón de Dios a los hombres. Jesús no es sólo quien anuncia y trae el Reino de Dios, Jesús es “el mismo Reino de Dios”⁸³.

Jesús muerto y resucitado es en persona el Reino de Dios; en Él ha tomado cuerpo y se ha manifestado el Reino de Dios. San Cipriano escribe a este respecto: “Incluso (...) puede ser que el Reino de Dios signifique Cristo en persona, al cual llamamos con nuestras voces todos los días y de quien queremos apresurar su advenimiento por nuestra espera. Como es nuestra Resurrección porque resucitamos en Él, puede ser también el Reino de Dios porque en Él reinaremos”⁸⁴.

Juan Pablo II enseña que “el reino de Dios que conocemos por la Revelación, no puede ser separado ni de Cristo ni de la Iglesia (...) Cristo no sólo ha anunciado el Reino, sino que en él el Reino mismo se ha hecho presente y ha llegado a su cumplimiento (...) El Reino de Dios no es un concepto, una doctrina o un programa sujeto a libre elaboración, sino que es ante todo una persona que tiene el rostro y el nombre de Jesús de Nazaret, imagen del Dios invisible (GS, 22). Si se separa el Reino de la persona de Jesús, no es éste ya el reino de Dios revelado por él, y se termina por distorsionar tanto el significado del Reino que corre el riesgo de transformarse en un objetivo puramente humano e ideológico como la identidad de Cristo que no aparece como el Señor, al cual debe someterse todo” (1 Co 15,27)⁸⁵.

J. Ratzinger - Benedicto XVI manifiesta: “Jesús mismo es el «reino»; el reino no es una cosa, no es un espacio de dominio como los reinos terrenales. Es persona, es Él. La expresión «Reino de Dios», pues, sería en sí misma una

83 ORÍGENES, *In Matheum* (18,33), en *GCS*, 40, 289.

84 SAN CIPRIANO, *De dominica Oratione*, 13, en *CCL* 3A 97 (PL 4, 545).

85 *Redemptoris Missio*, n.18. Angelo Amato afirma a este respecto: “El reino tiene una dimensión cristológica. Se identifica con la persona misma de Jesús y con su presencia (cf. Mt 11,4-6)” (*Jesús, el Señor*, Madrid, BAC, 1998, 121).

crisología encubierta” (*JdN*, 76). “A partir del encuentro con Cristo esta petición asume un valor aún más profundo, se hace aún más concreta.(...) Jesús es el Reino de Dios en persona; donde Él está, está «el Reino de Dios»” (*JdN*, 181).

c) El Reino de Dios está especialmente en el interior del hombre.

Esta interpretación apareció de la mano de Orígenes: “Si queremos que Dios reine en nosotros (que su reino esté en nosotros), en modo alguno debe reinar el pecado en nuestro cuerpo mortal (2 Tm 6,12)...Entonces Dios se paseará en nosotros como en un paraíso espiritual (Gn 3,8) y, junto con su Cristo será el único que reinará en nosotros”⁸⁶.

J. Ratzinger comenta: “la idea de fondo es clara: «el Reino de Dios» no se encuentra en ningún mapa. No es un reino como los de este mundo; su lugar está en el interior del hombre. Allí crece, y desde allí actúa” (*JdN*, 77).

C) Dimensiones del Reino de Dios

a) Soteriológica: el Reino de Dios trae la salvación a la humanidad

El Reino de Dios no es amenaza ni condenación, sino ofrecimiento de salvación para todos y cada uno, aquí, ahora y siempre. El reino de Dios es una buena noticia de gracia y de salvación, de misericordia y de perdón, de vida y de luz, de acogida y de comunión. Para Jesús de Nazaret, la salvación se manifiesta y llega a todos ya ahora en Él y por Él (cf. Mt 9,35). Pero, ¿en qué consiste esta salvación? Veámoslo:

- El perdón de los pecados y la alegría que causa el haber sido encontrado por la misericordia infinita, inmerecida, gratuita de Dios.
- El amor de Dios llega a imperar entre todos los seres humanos. Teniendo en cuenta que Dios nos acoge en la inmensidad de nuestros pecados y nos perdona, nosotros tenemos que estar dispuestos a perdonar a quienes nos hayan ofendido (Mt 18,23-34).
- La superación y el fin de los poderes demoníacos (Mt 12,28; Lc 11,20). La superación de los poderes del mal, destructores, enemigos de la creación y el comienzo de una nueva.

En consecuencia, escribe W. Kasper: “La salvación del reino de Dios consiste en que llega a imperar en el hombre y por el hombre el amor de Dios que se autocomunica. El amor se manifiesta como el sentido del ser. El hombre y el mundo sólo hallan su plenitud en el amor”⁸⁷.

86 ORÍGENES, *Sobre la oración*, n. 25.

87 W. KASPER, “Jesús”, *o. c.*, 105-106). A. Amato por su parte afirma: “el Reino de Dios se manifiesta en la historia como superación y destrucción del mal físico y moral, del pecado, del dolor y de la muerte. Es la re-creación del hombre y de la naturaleza” (“Jesús”, *o. c.*, 121). Para evitar equívocos y

b) Escatológica: “ya sí... pero todavía no”

El Reino de Dios tiene una dimensión escatológica: es una realidad presente en el tiempo, pero su definitiva realización llegará con el fin y el cumplimiento de la historia (cf. LG 9). Hemos de descubrir bien el significado de esta dimensión para evitar algunos errores al respecto. Albert Schweitzer decía que el mensaje de Jesús habría sido radicalmente escatológico; que su proclamación de la cercanía del Reino de Dios habría sido el anuncio de que el fin del mundo estaba próximo, de la irrupción del nuevo mundo de Dios, de su soberanía. El Reino de Dios se debía entender, por tanto, en sentido estrictamente escatológico.

Ante esta interpretación, ofrecemos dos testimonios que exponen el verdadero significado de esta dimensión: el Catecismo de la Iglesia afirma: “El Reino de Dios se aproxima en el Verbo Encarnado, se anuncia a través de todo el Evangelio, llega en la Muerte y Resurrección de Cristo. El Reino de Dios adviene en la Última Cena y por la Eucaristía está entre nosotros. El Reino de Dios llegará en la gloria cuando Jesucristo lo devuelva a su Padre”⁸⁸; y A. Amato manifiesta: “el reino de Dios está ya presente en el tiempo, pero todavía no está realizado plenamente en cuanto a la humanidad. La historia, marcada ya cualitativamente por la presencia del reino, tiende a su cumplimiento último en la parusía”⁸⁹.

- El Reino de Dios ha llegado ya a nosotros en y por Jesucristo.

Recordemos algunas palabras de Jesús que nos muestran la dimensión de presente que tiene el Reino de Dios: “Si yo expulso los demonios por el dedo de Dios, entonces es que el reino de Dios ha llegado a vosotros” (Lc 11, 20; cf. Mt 12, 28; cf. Lc 7,22-23). En Jesús, Dios sale al encuentro de los hombres y mujeres del mundo. En sus palabras, obras y signos Jesús anticipó de forma misteriosa pero real el Reino. Con Jesús da comienzo “el año de gracia del Señor” (Lc 4,19). Lo importante no es la llegada inminente del Reino, sino que ese Reino está asociado y vinculado a la venida de Jesucristo (cf. Hch 28,31), que ese Reino está ya presente realmente entre nosotros: parcialmente (Lc 8,4-

superar cualquier interpretación espiritualista o evasiva del amor, este mismo autor afirma: “Amor no es sustitutivo de justicia; amor es más bien el cumplimiento de la justicia superado. Pues, en definitiva, somos justos con el otro, si además de darle esto o aquello, que puede exigir, cuando lo aceptamos y reconocemos como hombre, nos damos nosotros mismos a él. El amor incluye las exigencias de la justicia para cada individuo, superándola y colmándola al mismo tiempo. El amor es la fuerza y la luz para reconocer en las situaciones cambiantes las exigencias de la justicia, cumpliéndolas siempre de nuevo. En este sentido, el amor es el alma de la justicia. Asimismo el amor constituye la respuesta a la pregunta por un mundo justo y humano, representa la solución del enigma de la historia. El amor es la salvación del hombre y del mundo” (JdN, 107).

⁸⁸ *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 2816.

⁸⁹ A. AMATO, “Jesús”, o. c., 120.

10), prolépticamente (Lc 17,20-21), misteriosamente (Lc 8,10). En Jesús, Dios ha salido al encuentro del hombre para invitarlo a ser su hijo en una familia de hermanos. “Con su palabra y con su acción, Jesús se adueña del hoy y hace de él el presente en el que se toman las decisiones del futuro definitivo”⁹⁰.

El Reino de Dios es un don ofrecido por el Padre en Jesús a todos los hombres y mujeres del mundo y comienza a dar sus frutos aquí y ahora, aunque su cumplimiento definitivo y último llegará con la “vuelta gloriosa de Cristo” al final de los siglos. P. Hünemann pone de relieve que “dado que la salvación y el futuro incondicional del hombre desde Dios se inician aquí y ahora en la palabra y el ministerio de Jesús que colocan al hombre en el trance de tener que decidirse, debe hablarse de ese reino tanto en tiempo presente como en tiempo futuro”⁹¹.

La venida del Reino de Dios a este mundo no implica un cambio espectacular de la historia. Bruno Maggioni escribe: “Quien espere un reino de Dios que, ante todo, derribe la situación existente, puede permanecer desilusionado. Quien comprende la belleza de un Dios, que condivide nuestras situaciones, se siente por el contrario renovado. Las cosas permanecen, pero cambio el modo de mirarlas. El milagro del reino es, ante todo, aunque no solamente, el cambio interior”⁹².

¿Cómo debemos acoger el Reino de Dios?

A nosotros nos compete acoger en la alegría y acción de gracias este Reino, que es ante todo don y gracia de Dios. Para ello hemos de convertirnos según nos dijo Jesús: “El tiempo se ha cumplido y el Reino de Dios está cerca; convertíos y creed en la Buena Nueva” (Mc 1,15). R. Schnackenburg manifiesta que “la conversión y la fe son en Jesús sólo dos caras de una misma postura fundamental. Sólo quien se convierte puede formarse la creencia de que el tiempo de salud ha llegado ya, y que el reino de Dios en su plenitud está ya a las puertas; y esta misma fe constituye de nuevo una conversión, puesto que incluye el reconocimiento de la culpabilidad ante Dios, así como la necesidad de salud, pero también la disposición para cumplir la voluntad de Dios conforme a los postulados radicales de Jesús”⁹³.

Concretemos más la conversión: hemos de pasar por la puerta estrecha (cf. Lc 13,23-30), tenemos que hacernos como niños para entrar en el Reino (cf. Mt 18,13), debemos deshacernos de todo para comprar la perla preciosa del

90 G. BORNKAMM, *Jesús de Nazaret*, Salamanca, Sígueme, 1977, 71.

91 P. HÜNEMANN, *Cristología*, Barcelona, Herder, 1997, 98; cf. R. SCHNACKENBURG, *Reino y Reinado de Dios*, Madrid, Fax, 1970.

92 B. MAGGIONI, *Padre nostro*, Milano, Vita e Pensiero, 1995, 51-52.

93 R. SCHNACKENBURG, “Reino”, *o. c.*, 84.

Reino (cf. Mt 13,45-46), es necesario que nazcamos de lo alto para poder ver el reino de Dios (cf. Jn 3,3), hay que arriesgar la propia vida (cf. Lc 17,33) para entrar, ver, experimentar el reino de Dios. Amar a Dios con todo el corazón y al prójimo como a uno mismo es el núcleo esencial de la ética del reino de Dios. “Jesús exige del hombre que se decida radicalmente por Dios. La opción es inequívoca: Dios y su señorío o el mundo y su señorío... Jesús mismo abandonó familia, profesión, hogar... Y a otros hombres los sacó de sus vinculaciones familiares y sociales para que lo siguieran como discípulos. Pero no a todos invitó a dejar la familia, la profesión y la patria. No fue un revolucionario social. A todos, sin embargo, a cada uno en particular, invitó a la radical decisión: ¿a qué se quiere pegar, en definitiva, el corazón?, ¿a Dios o a los bienes de este mundo?”⁹⁴.

- Esperamos la venida del Reino en plenitud

Jesús habla de la dimensión futura del reino de Dios de una forma vaga y genérica. Recordemos algunas palabras de Jesús: “Os aseguro que algunos de los aquí presentes no morirán sin haber visto antes que el reino de Dios ha llegado ya con fuerza” (Mc 9,1). “Os aseguro que ya no beberé más del fruto de la vid hasta el día en que lo beba nuevo en el reino de Dios” (Mc 14,25). Este Reino de Dios aún no ha llegado en su plenitud: “en su visibilidad y poder el reino de Dios todavía está ausente: es objeto de anhelo (cf. Hch 11, 6-8), de esperanza (cf. Lc 21,31) y de oración (cf. Lc 11,2)”⁹⁵. El Reino de Dios tiene una dimensión escatológica que no debemos olvidar. Por eso, esperamos la venida de este Reino en su plenitud, que acontecerá al final de los siglos: “Os aseguro que no volveré a beber del producto de la vid hasta el día en que lo beba nuevo en el reino de Dios” (Mc 14,25; cf. Lc 21,31).

D) El Reino de Dios es don y regalo

El Reinado de Dios es exclusivamente y siempre de Dios. No podemos merecerlo; el Reino nos es dado: es un regalo de Dios (Mt 21,34; Lc 12,32); el Reino nos es dejado en herencia (Lc 22,29). Lo único que podemos hacer es heredarlo (Mt 25, 34) y recibirlo con las manos abiertas. Jesús nos dice: “buscad el reino de Dios y lo demás se os dará por añadidura” (Lc 12,31).

E) Los destinatarios del Reino.

El señorío de Dios se extiende a todos; nadie es excluido. Jesús invita a todos a convertirse porque el reino de Dios está cerca (cf. Mc 1,15). Pero este reino tiene unos destinatarios preferentes: los pobres (*ptochoi*) (cf. Mt 11,5-6), los humildes (*tapeinoi*) (cf. Mt 11,25.28), los pecadores (*amartoloi*), los ham-

94 H. KÜNG, *La Iglesia*, Barcelona, Herder, 1975, 65-66.

95 F. BOVON, *El Evangelio según San Lucas – II*, Salamanca, Sígueme, 2002, 163-164.

brientos (*peinotes*) (cf. Mt 5,3). “La simpatía y solidaridad de Jesús es para con los pequeños (Mc 9,42; Mt 10,42) y sencillos (Mt 11,25), los muy trabajados y cargados (Mt 11,28). La gente con quien trata es llamada con frecuencia y con desprecio publicanos y pecadores (Mc 2,16; Mt 11,19), publicanos y prostitutas (Mt 21,32) o sencillamente pecadores (Mc 2,17; Lc 7,37.39, 15,2; 19,7), es decir, impíos”⁹⁶.

1.2.3. Significado de esta petición del Padrenuestro

El orante ruega y pide al Padre que establezca ya en este mundo su Reino en gloria y plenitud: ¡Que pase este mundo y venga tu Reino por los siglos de los siglos! ¡Anticipa la llegada de tu Reino! Que Dios sea todo en todos, realizándose de este modo aquellas palabras: “Yo seré su Dios y ellos serán mi pueblo”.

La comunidad orante pide que el Padre sea reconocido y alabado por todos, que el Hijo sea Señor de la creación entera y que el Espíritu Santo sea la vida de todos. Pedimos que la Iglesia alcance su plenitud total (cf. Mt 13,1-12) y que la entera humanidad sea ya liberada del pecado y de la muerte, su último enemigo. Entonces la salvación se habrá realizado completa y totalmente, la siega se habrá realizado ya, la sala del banquete estará llena, teniendo todos los invitados el traje de fiesta (cf. Lc 14,23). Entonces ya no habrá llanto, lágrimas, enfermedades, muerte, sino vida, paz, felicidad y alegría para siempre, en la eternidad en Dios (cf. Ap 21,3-4).

La Comunidad orante, teniendo en cuenta que el reino de Dios es el mismo Cristo, implora una mayor presencia de Cristo entre los hombres, en sus vidas, en el mundo y en sus estructuras. J. A. Fitzmyer escribe: “Este deseo de la comunidad orante se refiere, primariamente, a la acción de Dios, que, en esta nueva etapa, se manifiesta en y por medio de la actividad de Jesús; pero ahora, concretamente después de Pascua, en este nuevo periodo de su existencia, la comunidad pide que ese «Reino de Dios» se vaya encarnando progresivamente en la actualización cotidiana del plan divino de salvación”⁹⁷.

Nos preguntamos ahora: ¿cómo aparecerá el Reino de Dios? L. Boff responde a esta pregunta: “Para la fe cristiana hay un criterio infalible, indicador de la llegada del reino: cuando los pobres son evangelizados, es decir, cuando la justicia empieza a llegar a los desheredados, a los desposeídos y oprimidos. Siempre que se restablezcan lazos de fraternidad, de concordia, de participación, de respeto a la dignidad inviolable del hombre..., empieza a brotar el

96 W. KASPER, “Jesús”, *o. c.*, 104.

97 J. A. FITZMYER, “El Evangelio según Lucas”, *o. c.*, 308.

reinado de Dios. Siempre que en la sociedad se establecen estructuras, que impiden al hombre explotar a otro hombre, que desmonten las relaciones señor-esclavo, que propicien una mayor igualdad..., está irrumpiendo la aurora del reinado de Dios⁹⁸. Ahora bien estas realidades de comunión y de liberación –como diremos más adelante– no son el Reino de Dios; son signos del Reino de Dios que es la comunión y liberación plenas y totales.

1.2.4. La Conversión y el Reino.

La venida del reino exige a todos convertirnos: porque Dios trae el reino, todos debemos convertirnos (cf. Mc 1,14-15). Esta conversión nos ha de llevar a hacer nuestras las palabras de Cristo y a realizarlas en nosotros y en nuestras vidas: “buscad primero el Reino de Dios y su justicia, y todas esas cosas se os darán por añadidura” (Mt 6, 33).

J. Ratzinger escribe: “Lo primero y esencial es un corazón dócil, para que sea Dios quien reine y no nosotros. El Reino de Dios llega a través del corazón que escucha. Ése es su camino. Y por eso nosotros hemos de rezar siempre (...) La petición de un corazón dócil se ha convertido en petición de la comunión con Jesucristo, la petición de que cada vez seamos más «uno» con Él (cf. Ga 3,28). Es la petición del seguimiento verdadero, que se convierte en comunión y nos hace un solo cuerpo con Él” (*JdN*,181-182)⁹⁹.

1.2.5. Cuestiones vinculadas al Reino de Dios

A) La Iglesia y el Reino

- La Iglesia no es el Reino de Dios. Existe una relación indivisible entre la Iglesia y el Reino que no implica la identificación del Reino de Dios en su fase histórica con la Iglesia en su realidad visible y social. En efecto, no se debe excluir “la obra de Cristo y del Espíritu Santo fuera de los confines visibles de la Iglesia”¹⁰⁰.

Por su parte, la Congregación para la Doctrina de la fe afirma: “Al considerar la relación entre Reino de Dios, Reino de Cristo e Iglesia es necesario

98 L. BOFF, “El Padrenuestro”, *o. c.*, 82. Por su parte, el *Catecismo de la Iglesia Católica* sintetiza el significado de esta petición así: “la Iglesia tiene principalmente a la vista el retorno de Cristo y la venida final del Reino de Dios. También ora por el crecimiento del Reino de Dios en el «hoy» de nuestras vidas” (n. 2859).

99 G. Schneider lo ha expresado de modo penetrante: “rezar por el reino significa decir a Jesús: «¡Déjanos ser tuyos, Señor! Empápanos, vive en nosotros; reúne en tu cuerpo a la humanidad dispersa para que en ti todo quede sometido a Dios y Tú puedas entregar el universo al Padre, para que «Dios sea todo para todos» (1 Co 15,28)” (“El Padre de Jesús”, *o. c.*, 181-182).

100 Juan Pablo II, *Redemptoris Missio*, n. 18.

(...) evitar acentuaciones unilaterales. Como en el caso de «determinadas concepciones que intencionadamente ponen el acento sobre el Reino y se presentan como reinocéntricas, las cuales dan relieve a la imagen de una Iglesia que no piensa en sí misma, sino que se dedica a testimoniar y servir al Reino. Es una Iglesia para los demás, se dice, como Cristo es el hombre para los demás... Junto a unos aspectos positivos, estas concepciones manifiestan a menudo otros negativos. Ante todo dejan en silencio a Cristo: El Reino, del que hablan, se basa en un teocentrismo, porque Cristo, dicen, no puede ser comprendido por quien no profesa la fe cristiana, mientras que pueblos, culturas y religiones diversas pueden coincidir en la única realidad divina, cualquiera que sea su nombre. Por el mismo motivo, conceden privilegio al misterio de la creación, que se refleja en la diversidad de culturas y creencias, pero no dicen nada sobre el misterio de la redención. Además el Reino, tal como lo entienden, termina por marginar o menospreciar a la Iglesia, como reacción a un supuesto eclesiocentrismo del pasado y porque consideran a la Iglesia misma sólo un signo, por lo demás no exento de ambigüedad» (RMi 17). Estas tesis son contrarias a la fe católica porque niegan la unicidad de la relación que Cristo y la Iglesia tienen con el Reino de Dios¹⁰¹.

J. Ratzinger escribe a este respecto: “Se ha extendido en amplios círculos de la teología, particularmente en el ámbito católico, una reinterpretación secularista del concepto de «reino» que da lugar a una nueva visión del Cristianismo, de las religiones y de la historia en general, pretendiendo lograr así con esta profunda transformación que el supuesto mensaje de Jesús sea de nuevo aceptable. Se dice que antes del Concilio dominaba el eclesiocentrismo. Se proponía a la Iglesia como el centro del Cristianismo. Más tarde se pasó al cristocentrismo, presentando a Cristo como el centro de todo. Pero no es sólo la Iglesia la que separa, se dice, también Cristo pertenece sólo a los cristianos. Así que del cristocentrismo se pasó al teocentrismo y, con ello, se avanzaba un poco más en la comunión con las religiones. Pero tampoco se habría alcanzado la meta, pues también Dios puede ser factor de división entre las religiones y los hombres. Por eso es necesario dar el paso del reinocentrismo, hacia la centralidad del Reino. Éste sería, al fin y al cabo, el corazón del mensaje de Jesús, y ésta sería la vía correcta para unir por fin las fuerzas positivas de la humanidad en su camino hacia el futuro del mundo; «reino» significaría simplemente un mundo en el que reinan la paz, la justicia y la salvaguardia de la creación. No se trataría de otra cosa. Este «reino» debería ser considerado como el destino final de la historia. Y el auténtico cometido de las religiones sería entonces el

101 CONGREGACIÓN PARA LA DOCTRINA DE LA FE, Declaración *Dominus Iesus*, Madrid, Edice, 2000 n. 19.

de colaborar todas juntas en la llegada del «reino»... Por otra parte, todas ellas podían conservar sus tradiciones, vivir su identidad, pero, aun conservando sus diversas identidades, deberían trabajar por un mundo en el que lo primordial sea la paz, la justicia y el respeto de la creación” (*JdN*, 80-81).

¿Qué dice J. Ratzinger a estas teorías? “Esto suena bien: por este camino parece posible que el mensaje de Cristo sea aceptado finalmente por todos sin tener que evangelizar las otras religiones (...) Pero examinando más atentamente la cuestión, uno queda perplejo: ¿Quién dice lo que es propiamente la justicia? ¿Cómo se construye la paz? A decir verdad, si se analiza con detenimiento el razonamiento en su conjunto, se manifiesta como una serie de habladurías utópicas, carentes de contenido real, a menos que el contenido de estos conceptos sea en realidad una cobertura de doctrinas de partido que todos deben aceptar. Pero lo más importante es que por encima de todo destaca un punto: Dios ha desaparecido, quien actúa ahora es solamente el hombre. El respeto por las «tradiciones» religiosas es sólo aparente. En realidad, se las considera como una serie de costumbres que hay que dejar a la gente, aunque en el fondo no cuenten para nada. La fe, las religiones, son utilizadas para fines políticos. Cuanta sólo la organización del mundo. La religión interesa sólo en la medida en que puede ayudar a esto. La semejanza entre esta visión postcristiana de la fe y de la religión con la tercera tentación de Jesús (*JdN*, 63-70) resulta inquietante” (*JdN*, 81-82).

- La Iglesia está vinculada con el Reino de Dios. Esta vinculación se fundamenta en diversas razones:

- La Iglesia es “sacramento, esto es, signo e instrumento de la íntima unión con Dios y de la unidad de todo el género humano” (LG 1); ella es, por lo tanto, signo e instrumento del Reino: llamada a anunciarlo y a instaurarlo. Por otro lado, la Iglesia es el pueblo reunido por la unidad del Padre, de Hijo y de Espíritu Santo; ella es, por lo tanto, el “reino de Cristo, presente ya en el misterio, constituyendo, así, su germen e inicio” (LG 5).

La Iglesia tiene como misión: “anunciar el Reino de Cristo y de Dios, establecerlo en medio de todas las gentes, propagarlo en toda la tierra para gloria de Dios Padre” (AA 2); “el pueblo mesiánico tiene por fin dilatar más y más el Reino de Dios, incoado por el mismo Dios en la tierra, hasta que al final de los tiempos Él mismo también lo consuma, cuando se manifieste Cristo, vida nuestra” (LG 9); al prestar ayuda al mundo y al recibir del mundo múltiples ayudas, sólo pretende una cosa: “el advenimiento del Reino y la salvación de toda la comunidad” (GS 45); es instrumento del Reino de Dios ya que “contribuye a difundir el Reino de la justicia y del amor” (GS 76).

- ¿Cómo hace presente la Iglesia el Reino en este mundo?

– Celebrando los sacramentos que nos hacen participar por anticipación en la plenitud del Reino,

– Ofreciendo los signos privilegiados del Reino: “la libertad ante todo lo que limita y encierra en un universo cerrado sobre sí mismo; la obediencia a Jesucristo para que sea reconocido su señorío; la pobreza que anuncia que, en el Reino, las relaciones entre los hombres están fundamentadas sobre el ser y no sobre el tener; la virginidad que es signo de la liberación y de la universalización del amor; la contemplación que es signo de lo absoluto de Dios”¹⁰².

Los creyentes somos invitados a ofrecer aquellos signos que hagan visible el Reino de Dios como suprema liberación y comunión. Cada vez que amamos a los demás, perdonamos a los que nos han ofendido, sembramos esperanza en el corazón humano, acogemos a los inmigrantes, compartimos nuestro pan con los hambrientos, visitamos a los enfermos y a los encarcelados, tendemos puentes de comunión entre todos... estamos poniendo signos del Reino de Dios...

¿Qué valor tienen estos signos para el Reino de Dios? “La Iglesia reconoce que los esfuerzos realizados por la liberación y promoción de los hombres y de los pueblos tienen un valor para el reino de Dios: toda liberación realizada por los hombres, cristianos o no, toda comunión realizada entre los hombres y pueblos, son promesas, signos del Reino, el cual es liberación última y comunión universal”. Además, “la Iglesia denuncia el carácter limitado, provisional de esta liberación y de esta comunión fraterna. Ella los relativiza, lo que no es relativizar el compromiso de los hombres que han trabajado en esta liberación ya que lo que se ha realizado es promesa del Reino. Finalmente, la denuncia del carácter limitado de la liberación y de la comunión establece «una ruptura instauradora» (P. Certeau), es decir, que ella abre a otro sentido que debe venir, pone en estado de acogida de una liberación vivida de otra forma y de otra forma de comunión”¹⁰³.

Trabajar y construir el Reino. Juan Pablo II hace un discernimiento que agradecemos: “trabajar por el Reino quiere decir reconocer y favorecer el dinamismo divino, que está presente en la historia humana y la transforma. Construir el Reino significa trabajar por la liberación del mal en todas sus formas. En resumen, el reino de Dios es la manifestación y la realización de su designio de salvación en toda su plenitud”¹⁰⁴.

102 R. COFFY, “Eglise – Sacrement” en *Église, signe de salut au milieu des hommes. Reports presentes à l’Assemblée plénière de l’Episcopat français. Lourdes 1971*, Paris, Le Centurion, 1972, 38.

103 *Ib.*, 42.

104 JUAN PABLO II, *Redemptoris Missio*, n. 15.

B) El Reino de Dios y la Eucaristía

En la espera y esperanza de poder contemplar y habitar un día “los cielos nuevos y la nueva tierra”, participamos en el banquete eucarístico que nos da las arras de la futura gloria y la fuerza necesaria para seguir caminando por este mundo hacia la Casa del Padre donde Dios nos hará sentar en torno a la mesa del banquete eterno del Reino que Él tiene preparado para los que lo aman (cf. Lc 22,28-30). El *Catecismo de la Iglesia Católica*, al comentar esta petición, une dos perspectivas: “La Iglesia tiene principalmente a la vista el retorno glorioso de Cristo y la venida final del Reino de Dios. También ora por el crecimiento del Reino de Dios en el «hoy» de nuestras vidas”¹⁰⁵.

C) El Reino de Dios y el progreso humano

Orar para que el reino de Dios llegue no implica dar la espalda a los problemas del mundo. El orante, que suplica al Padre la venida de su Reino, no se desentiende de los problemas que tiene planteados la humanidad sino que trabaja y se esfuerza por el progreso integral, por la cultura liberadora, por la paz, por la justicia, por la libertad para todos los hombres y pueblos del mundo. “Discerniendo según el Espíritu, los cristianos deben distinguir entre el crecimiento del Reino de Dios y el progreso de la cultura y la promoción de la sociedad en las que están implicados. Esta distinción no es una separación. La vocación del hombre a la vida eterna no suprime, sino que refuerza su deber de poner en práctica las energías y los medios recibidos del Creador para servir en este mundo a la justicia y a la paz”¹⁰⁶.

1.3. “Hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo” (Mt 6,10)

A la petición de la venida del Reino de Dios, sigue en el evangelio de San Mateo el ruego de que se cumpla la voluntad del Padre. San Lucas la omite; aunque algunos manuscritos la sustituyen por esta otra: “Haz venir a tu Santo Espíritu”. El Espíritu Santo es amor y fuerza de Dios. El reino de Dios llega, la voluntad de Dios se cumple, cuando el Espíritu, que es amor, se derrama sobre los hombres. J. Ratzinger escribe: “En las palabras de esta petición aparecen dos cosas: existe una voluntad de Dios con nosotros y para nosotros que debe convertirse en el criterio de nuestro querer y de nuestro ser. Y también la característica del «cielo» es que allí se cumple indefectiblemente la voluntad de Dios o, con otras palabras, que allí donde se cumple la voluntad de Dios, está el cielo” (*JdN*, 182).

105 *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 2859.

106 *JdN*, n. 2820.

1.3.1. Significado de las palabras de esta petición

A) *Hágase*

Rezar “hágase tu voluntad” no es una oración de resignación sino una invocación llena de confianza y esperanza dirigida al Padre para que se realice su voluntad ya que es lo mejor que nos puede acontecer siempre.

B) *Como en el cielo así en la tierra*

La Escritura santa nos dice que los ángeles del cielo y los santos cantan la gloria de Dios y cumplen su voluntad (cf. Sal 103, 19-21; Ap 1,4-7). Pedimos ahora que en la tierra Dios sea glorificado y enaltecido por la libre adoración de los hombres y que se cumpla su santa voluntad, como acontece en el cielo. J. Ratzinger escribe: “La característica del «cielo» es que allí se cumple indefectiblemente la voluntad de Dios (...) La esencia del cielo es ser una sola cosa con la voluntad de Dios, la unión entre voluntad y verdad. La tierra se convierte en «cielo» si y en la medida en que en ella se cumple la voluntad de Dios, mientras que es solamente «tierra», polo opuesto al cielo, si y en la medida en que se sustrae a la voluntad de Dios” (*JdN*, 182-183).

C) *Tu voluntad*

¿Qué es la voluntad de Dios? ¿Cómo la reconocemos y cumplimos?

J. Ratzinger responde con profundidad y lucidez a esas preguntas que él se plantea diciendo que las Escrituras manifiestan que el hombre, en lo más íntimo de su conciencia, “conoce la voluntad de Dios, que hay una comunión de saber con Dios profundamente inscrita en nosotros, que llamamos conciencia (cf. Rm 2,15). Pero las Escrituras saben también que esta comunión en el saber con el Creador, que Él mismo nos ha dado al crearnos «a su imagen», ha sido enterrada en el curso de la historia; que aunque no se ha extinguido del todo, ha quedado cubierta de muchos modos” (*JdN*, 183). Ante esta situación, Dios no nos ha abandonado, sino que “nos ha hablado de nuevo en la historia con palabras que nos llegan desde el exterior, ayudando a nuestro conocimiento interior que se había nublado demasiado. El núcleo de estas «clases de apoyo» de la historia, en la revelación bíblica, es el Decálogo (...) que (...) no ha quedado abolido o convertido en «ley vieja», sino que (...) ulteriormente desarrollado, resplandece con mayor claridad en toda su profundidad y grandeza” (*JdN*, 183).

Tengamos presente que las palabras del Decálogo no son “algo impuesto al hombre desde fuera. Son –en la medida en que somos capaces de percibir las– la revelación de la naturaleza misma de Dios y, con ello, la explicación de la verdad de nuestro ser (...). Como nuestro ser proviene de Dios, podemos ponernos en camino hacia la voluntad de Dios a pesar de todas las inmundicias que nos lo impiden. Esto es precisamente lo que indicaba el Antiguo Testamento con el

concepto de «justo»: vivir de la palabra de Dios y, así, de la voluntad de Dios, entrando progresivamente en sintonía con esa voluntad” (*JdN*, 183-184).

Contemplemos al mismo Jesús con Benedicto XVI que afirma: “cuando Jesús nos habla de la voluntad de Dios y del cielo, en el que se cumple la voluntad de Dios, está diciendo que todo esto tiene que ver con Él: y en concreto con su misión personal” (*JdN*, 184). Veamos algunos textos bíblicos: “«Mi alimento es hacer la voluntad del que me envió» (Jn 4,34). Esto significa: ser una sola cosa con la voluntad del Padre es la fuente de la vida de Jesús. La unidad de voluntad con el Padre es el núcleo de su ser en absoluto” (*JdN*, 184). Sigamos meditando las palabras de J. Ratzinger: “En la petición del Padrenuestro percibimos en el fondo, sobre todo, la apasionada lucha interior de Jesús durante su diálogo en el monte de los Olivos: «Padre mío, si es posible, que pase de mí este cáliz; pero no sea como yo quiero, sino como quieres tú». «Padre, si no es posible que pase sin que yo lo beba, hágase tu voluntad» (Mt 26,39.42). Sobre esta oración de Jesús, en la que Él nos deja mirar en su alma humana y en su hacerse «una» con la voluntad de Dios, tendremos que volver todavía cuando tratemos de la pasión de Jesús. Otro texto impresionante es el de la Carta a los Hebreos que afirma: «Sacrificio y oblación no quisiste; pero me has formado un cuerpo. Holocaustos y sacrificios por el pecado no te agradaron. Entonces dije: «He aquí que vengo a hacer, oh Dios, tu voluntad»” (Hb 10,5-7) (*JdN*, 185). Jesús resume y recapitula toda su existencia con esas palabras sobrecogedoras.

Sigamos contemplando con fe y amor a Jesús de la mano de Benedicto XVI, tan buen mistagogo. Descubriremos y aprenderemos que Él es “el cielo” en el sentido más profundo y auténtico. En efecto “Él es precisamente en quien, y a través de quien, se cumple plenamente la voluntad de Dios. Mirándole a Él, aprendemos que por nosotros mismos no podemos ser enteramente «justos»: nuestra voluntad nos arrastra continuamente lejos de Dios, para convertirnos en mera «tierra». Cristo, en cambio, nos atrae hacia sí, nos acoge dentro de Él y, en la comunión con Él, aprendemos también la voluntad de Dios” (*JdN*, 182-186).

1.3.2. Significado de esta petición del Padrenuestro

J. Ratzinger escribe: “En esta tercera petición del Padrenuestro pedimos en última instancia acercarnos cada vez más a Él, a fin de que la voluntad de Dios prevalezca sobre la fuerza de nuestro egoísmo y nos haga capaces de alcanzar la altura a la que hemos sido llamados” (*JdN*, 185-186).

El orante, al hacer esta petición, se limita, en el fondo, a presentar al Padre con humildad y sencillez, con modestia y confianza, su gran deseo: que se cumpla la voluntad de Dios. Y lo pide dejando en sus manos la realización de este deseo pues sabe que es Dios mismo quien realiza su voluntad. El orante

pide que se realice en nosotros su designio de salvación; que se manifieste como Señor de nuestra vida; que no nos deje sucumbir en la idolatría; que nos conceda la gracia de poder colaborar con Él en la realización de su designio de salvación de la humanidad y que nunca lo frustremos ni nos oponamos a él. J. R. Flecha escribe a este respecto: “El cristiano que reza «hágase tu voluntad» sabe que, lejos del activismo prometeico y del pietismo evasivo, ha de intentar orar y actuar para que la voluntad de Dios amanezca sobre el horizonte de la historia”¹⁰⁷.

El orante sabe que no basta conocer la voluntad de Dios y decirla; hay que hacerla ya que “no todo el que me dice: «¡Señor, Señor!», entrará en el reino de Dios, sino el que hace la voluntad de mi Padre celestial” (Mt 7, 21). No basta con realizar muchos ritos, ni ofrecer muchos sacrificios, ni decir muchas plegarias, ni cantar muchos himnos; es necesario conocer la voluntad del Padre, interiorizarla, identificarnos con ella y realizar lo que nos pida el Señor. Todos sabemos que no podemos hacer la voluntad de Dios con nuestras propias fuerzas sino que necesitamos el auxilio de Dios como nos dice la Carta a los Hebreos: “Que el Dios de la paz os disponga con toda clase de bienes para cumplir su voluntad, realizando Él en nosotros lo que es agradable a sus ojos, por medio de Jesucristo” (Hb 13, 21). Tengamos confianza pues “Dios es el que hace posible en nosotros el querer y el obrar que sobrepasan la buena voluntad” (cf. Flp 2, 13).

Cuando el orante reza “hágase tu voluntad” ha de escuchar en lo más profundo de su alma el clamor de los pobres, de los excluidos, de los abandonados... No podemos rezar esta oración si al rezarla no nos sentimos interpelados y conmovidos por el grito de millares de seres humanos humillados, despreciados, oprimidos, empobrecidos, desesperanzados... Nuestra oración ha de estar llena de estos rostros¹⁰⁸. Cuando el orante eleva esta petición al Padre, sabe que no puede quedarse con los brazos cruzados, en una actitud pasiva, indiferente, ante los problemas del mundo, ante los nuevos crucificados de la historia. El orante ha de entregar su vida para que otros tengan vida.

107 J. R. FLECHA, “Hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo”, en “Abba”, o. c., 118.

108 B. PARERA, *Hágase tu voluntad*, Madrid, BAC, 1987, 7-8.